



**SOLAR  
DE  
HUESOS**

ERNESTO CARRION

 litterae







# SOLAR DE HUESOS

## SOLAR DE HUESOS

© **Del texto:** Ernesto Carrión, 2023

© **De esta edición:** Universidad del Azuay - Casa Editora, 2023

**ISBN:** 978-9942-618-93-1

**e-ISBN:** 978-9942-618-94-8

**Cuidado de la edición:** Franklin Ordóñez Luna

**Diseño y diagramación:** Priscila Delgado Benavides

**Corrección de estilo:** Franklin Ordóñez Luna

**Portada y guardas:** Isabel Mármol

**Impresión:** PrintLab / Universidad del Azuay

*Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de los derechos.*

## CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga

**Rector**

Genoveva Malo Toral

**Vicerrectora Académica**

Raffaella Ansaloni

**Vicerrectora de Investigaciones**

Toa Tripaldi Proaño

**Directora de la Casa Editora**

Universidad del Azuay

Av. 24 de Mayo 7-77 y Hernán Malo

www.uazuay.edu.ec(+593 7) 409 1000

Cuenca, Ecuador 2023

# SOLAR DE HUESOS

ERNESTO CARRIØN





## CONTENIDO

### I

<b>RULETA RUSA</b> .....	11
--------------------------	----

### II

<b>UN GUERRILLERO SUDAMERICANO, UN POETA SUICIDA, UN ROCKERO TEMIBLE, UN INDIOS CON UNA HERIDA EN SU HOMBRO Y UN VIAJERO DEL TIEMPO ENTRAN A UN BAR</b> .....	19
Perderse en un país de vaqueros.....	21
Cementerio de poetas I.....	23
Retrato del poeta como asaltante de bancos.....	26
La serpiente de la poesía I.....	27
La serpiente de la poesía II.....	28
Duelo entre un poeta y su crítico.....	30
El esqueleto del significante.....	31
La utopía de la guerra.....	32
1984.....	34
Indio dormido.....	36
Lección de arqueología.....	37
Teoría de las cuerdas.....	38
Kimono, 1989.....	40
Revolución 9.....	45

El día en que Leopoldo María Panero recibió la noticia de que finalmente le otorgarían el Premio Cervantes.....	48
Conversación con la bala .....	51
Batman/Drácula de Andy Warhol.....	52
Gótico tercer mundo.....	72
Los hijos de Charly García .....	74
I can't breathe since i can't breathe .....	78
Paspartú.....	80
El fantasma en la máquina.....	82
La muerte va a la ópera.....	92
Érase una vez una casa sembrada bajo las estrellas .....	94
Orson Welles versus Los Vampiros de Hollywood .....	96
Cementerio de poetas II.....	105
Cuarteles de invierno .....	116
Carta del Mozart que quiere quedarse al Mozart que va a morirse .....	118
Descomposición de Pedro Páramo .....	122

### III

#### LO QUE BOLAÑO LE CONFESÓ A

JIM MORRISON EN EL INFIERNO .....	125
-----------------------------------	-----

*Lo salvaje no tiene palabras.*

TOMAS TRANSTRÖMER



I

RULETA RUSA



*Piensa en las nubes. Piensa en unas nubes y un pedazo de playa al pie de ellas. Piensa en la taciturnidad del escorpión, perfecto y silencioso. Piensa en un cuerpo que está borracho, sin desciframientos, mirando el escorpión al pie de una playa. Piensa en las orillas y en las cartas de amor escondidas, alargando su muerte. Piensa en los poemas incrustados en la carne de los infelices.*

*Hasta que despierta. Y se mira como una urraca de pie con costurones dorados alrededor del cuello. Y porque tiene oído sabe que allí es de noche.*

*La luz sobre la puerta de ingreso no es roja, como supone, es amarilla, de un tono encendido que parece quemarle la piel. Ha estado así desde hace algunas horas sin notarlo. La sensación que apenas le llega es muy extraña. Porque a pesar de que en apariencia se trata de un bar con una pista llena de luces, y con privados tapados por cortinas de felpa, no puede moverse de la única baldosa en la que se encuentra.*

*A su derecha, detrás de las ráfagas de humo que emanan del techo de la pista, hay dos hombres bebiendo, plantados en una discusión acalorada. Aclara su visión. Sus cabezas lucen templadas como estacas brillantes, cubiertas por la nieve de sus cigarros.*

*El que tiene el cabello largo y enredado hasta los hombros ha percibido su mirada como un manotón, y le sonríe. Su boina con una estrella en el centro está apoyada en la esfera de su rodilla derecha. El otro es un tipo esquelético con lentes de marcos oscuros y escaso cabello*

*gris sobre la frente. Parece una calavera cabezona dentro de su elegante traje de rayas.*

*El primer hombre, de sobrada sonrisa de leopardo, hace un gesto con su mano para que se acerque. Así descubre que al fin puede moverse.*

*David, buenas noches.*

*¿Ernesto?*

*Sí. Te reconocí apenas cruzaste la puerta. Pensé que los poetas eran de larga ausencia. Que aquí solo habría cenizas y vendas sucias. El pasatiempo de protestar como se hacía en aquellos años. O en aquellos sueños.*

*El tipo cadavérico raja en un español mexicano y reumático, como el paso del viento entre unas ruinas, que su nombre es William Burroughs, pero que él prefiere que le digan «Lee». A secas.*

*Bien, interrumpe Ernesto. A mí también me gusta que me llamen «Che», a rajatabla. Y si alguien pudiera decirme dónde están mis viejas botas, y la sangre estancada de los hombres cuando saben que están a punto de morir, me llenaría de alegría.*

*David sigue aturdido por la sensación de no ubicar su visión correctamente sobre el sitio en el que se encuentra. Piensa nuevamente en las nubes y en un escorpión. En una huella oscura sobre un papel muy blanco. Si tan solo hubiera movido el mundo cuando saltó del closet. Y dice, tartamudeando un poco, asimilando el escalofrío enroscándosele alrededor de la nuca como una boa del*

*trópico ecuatorial, que alguna vez él también usó el alias de «Martín Santos» para publicar sus primeros poemas.*

*Martín, siéntate con nosotros. Estamos discutiendo sobre poesía. Este cabrón quiere hacerme creer que Walt Whitman es el mejor poeta del mundo. Y no sabe nada de Neruda. Estos gringos y su ignorancia hasta en el Infierno.*

*¿Y es esto el Infierno?, pregunta David moviendo su cabeza para ambos lados. Mirando el humo y las luces de la pista.*

*Nadie lo sabe. Ciertamente no parece el Cielo. Y aunque estamos encerrados, no se la pasa tan mal. Nadie de la administración ha venido a contarnos de qué se trata este sitio, ni qué se supone que hagamos para poder avanzar. Por lo que nos hemos instalado a libar desde hace mucho. Y a discutir. Es lo único que prospera. Hablamos hasta agotarnos. Sin una autoridad visible no hay para qué amotinarse. O contra quién.*

*¿Y han intentado salir?*

*Salir es entrar de nuevo. Una y otra vez. Muchos ya se cansaron de hacerlo. Mejor te empiezas a acostumbrar. ¿Por qué no te acercas a la barra y pides una cerveza? ¿O, si prefieres, una margarita? Aquí las preparan estupendamente.*

*Pero ¿alguien sabe por qué estamos aquí?, pregunta David, desanimado, rascándose la frente y frotándose ambas manos como sorprendiéndose de tenerlas.*

*Bueno, la verdad es que todos los que estamos aquí hemos matado alguna vez.*

*¿Y eso qué tiene que ver conmigo? Yo no he asesinado nunca.*

*¿Nunca? ¿Ni una sola vez? Ninguna estatua verdadera está en los museos. Las estatuas verdaderas están en los bares, las cárceles y las fosas comunes.*

*No. Nunca.*

*¿Y cómo moriste?*

*Me ahorqué.*

*Eso debió doler, dice Ernesto sacando un fajo de billetes que le entrega a Lee. Su mano llena de arrugas luce como un pequeño animal atropellado.*

*Perdí una apuesta.*

*¿Pero cuánta gente hay aquí?*

*Nadie lo sabe. Ni pretendas descubrirlo por tu cuenta, Martín. Hay pisos y pisos que se desplazan hacia arriba y abajo. Sabemos que están allí porque a veces, cuando la música ranchera se detiene por minutos, puede escucharse cómo algunos de los condenados se van de golpes o caen borrachos, tropezando contra las botellas y butacas. Se derriban llenos de cerveza hasta carcajearse.*

*¿Y hay algún espacio aislado donde pueda uno dedicarse a escribir?*

*Hay tanta gente bailando en la pista de azulejos marinos con dibujos de osos polares, que David termina por arrellanarse a los pies de Ernesto. Él le sacude el*

*cabello; y con una enorme sonrisa le ajusta su boina en la pequeña cabeza decorada con rizos azabaches.*

*Chico, acá no hay nada más que lo que estás viendo. No hay papel ni lápiz. No hay habitaciones ni camas ni televisores. Hay un solo baño. Así como mesas y butacas llenas de hombres y mujeres bebiendo y conversando. El tabaco, por otro lado, nunca se acaba. Bueno, también está la pista brillante, que es enorme y que sirve para desperezarnos y mover un poco el esqueleto. Y tienes la barra, con un montón de licores, donde te atenderá el barman que es un ecuatoriano que alguna vez fue un policía secreto que asesinaba a travestis en su ciudad. Es un tipo chino con los ojos ausentes. Aquí nos pasa atendiendo a todos. Sobre todo, a Reinaldo Arenas, el famoso poeta, seguro has oído de él, bueno, míralo allí, es ese chico moreno que está bailando en la pista junto a esa rubia decrepita. Ese no puede dejar de pedir sus cocteles. Uno más elegante y complicado que el otro. Y se vuelve toda una fiera cuando se los preparan mal.*

*Reinaldo Arenas tiene apoyada la cabeza sobre los hombros de una rubia frígida. Por momentos parece que dormita entre saltos.*

*Poniéndose de pie, Martín le devuelve la boina a Ernesto, pero siente por un instante que está a punto de desmayarse allí mismo, sobre la mesa.*

*Pero el caso más salado, continúa Ernesto, es el de J. Edgar Hoover. Ese gordo anda desaparecido desde que Lee lo invitó a los puños después de haber discutido sobre*

*la muerte de Kennedy. Y lo terminó arrastrando por toda la pista. Casi le manchan el traje blanco al niño bonito de Arenas.*

*Ahora Lee saca una pistola que tenía escondida en el bolsillo derecho de su chaqueta, antes de que Ernesto haya acabado su comentario. El movimiento que realiza hace que las botellas de cerveza terminen hechas trizas en la pista de azulejos marinos con dibujos de osos polares. Ernesto no se inmuta. Limita a rascarse una ceja y a meter un gran cigarro en su boca que, ligeramente fruncida, comienza a esbozar otra sonrisa. No olvides, chico, que las estatuas verdaderas están en los bares, las cárceles y las fosas comunes.*

*¿Y ahora?, le dice a Lee sin bajarle la mirada.*

*¿Y ahora qué, mother fucker? ¿Whitman o Neruda?, le repregunta Burroughs, ubicándose su sombrero negro de fieltro.*

*¿Y si jugamos a la ruleta rusa?*

II

UN GUERRILLERO SUDAMERICANO,  
UN POETA SUICIDA, UN ROCKERO  
TEMIBLE, UN INDIO CON UNA HERIDA  
EN SU HOMBRO Y UN VIAJERO DEL  
TIEMPO ENTRAN A UN BAR



## ***PERDERSE EN UN PAÍS DE VAQUEROS***

Alguien le ha quitado a un hombre la planta de los pies. El laberinto se extiende, puertas de bronce enchapadas desaparecen por detrás con gente pálida y lista, experta en huellas dactilares. Nada queda de los campos recién quemados donde arrastraban sus barbas los poetas de elocuencia deportiva. Nada queda de los imperios de la peste, ni de los uniformes de los hijos jugando a ser pescadores con las palmas de las manos cubiertas de espinas. Y no es por la palabrería de Dante, también llamado *Morsa*, perseguido como este hombre que sin la planta de sus pies avanza, de un desierto ardiente hacia otro, que el cielo se encabrita. Está desnudo y tiene la piel reventada mientras masca cientos de tamos con indiferencia. Busca una botella donde naufragar. Un bar a miles de kilómetros o en el hueco palpitante de una roca. No puedo ver su rostro porque su cara está cubierta de chinches. Por la noche, las luces desesperadas de las estrellas repasan sus cabellos como legumbres muertas. Está llegando a su meta. No tiene más posesiones que un cuaderno garabateado y una escalera rota. Su barba es un escándalo de plumas alicaídas. Seguramente conoce otras pesadillas. Alguien le ha rebanado a ese hombre la planta de los pies, arrojándolo al desierto de aquel modo: despojado de la membrana necesaria para poder caminar. Sin embargo, no puede hallar la paz en el peinado descuidado de sus antepasados muertos. Ni en

los delirios que humedecen los espejos conyugales. Ni en la rebelión de las mariposas caídas que han ido dejando a su paso una escalera de respuestas macilentas. Por eso sigue aquí, tantos años después, curado como esa luna que fracasó fotografiando a los dinosaurios cuando aún no estaba prohibido. Asiendo de un tirón su voz, por última vez, antes de salir huyendo. No vaya a ser que alguien recuerde que lo imaginado se sumerge en el ser humano hasta liberarlo.

## ***CEMENTERIO DE POETAS I***

Vi poetas muertos trepando por el alambrado. Pidiendo para revivir una maldita llanura.

No se parecían a nadie y eran todos idénticos a unos obispos de hierro.

Poetas muertos que traían sus encefalogramas colgándoles del cuello como una credencial especial para ingresar al mundo.

Haciendo versos adictivos entre las ondas peligrosas de sus enfermedades.

Poetas muertos que juraban que, si les dábamos esa llanura, la muerte se llevaría finalmente a la muerte por un precipicio.

Cargaban con el temblor en sus mandíbulas herradas. Abrían los ojos para llorar mejor. Y dormían alcoholizados sobre tejados y patios para defenderse.

Vi poetas muertos sedientos de poesía.

Poetas que querían destruir la poesía para escribir sobre ella.

Poetas que recortaban poemas contra el viento sintiéndose muy felices por la desnutrición emocional.

Caminando de espaldas y sudando frente a los muertos futuros de la política y la pólvora policial.

Poetas que en sus vidas anteriores habían escrito en hogares sin tener cómo pagar la luz: escribían como si esos poemas pudieran pagarles la luz.

Olvidando a sus amores; abandonando a sus hijos; dejando incluso de comer con tal de alimentar al poema

Maldiciendo a otros poetas, pero besándolos en silencio.

Peleando contra los delirios de la vejez. Arrastrando galaxias. Soplando música dentro de sus calaveras. Quemándose enteros.

Vi poetas muertos planeando su retorno. Pidiendo una llanura maldita donde sentarse a escribir.

Porque ahora que habían muerto eran conscientes de que esto era el Infierno. Y que nadie había estado a salvo de cometer una injusticia. Ni de morir en las manos de un hombre con poca paciencia.

Vi poetas muertos robando lo que le pertenece al abismo.  
Triunfando.

Cargando una rosa en el pelo. Y con un tigre de bengala que los miraba desde el corredor de unos ojos sin córneas, como de vampiro.

Ellos me conocieron. Yo también fui su amigo. Claro que los vi sudar como aéreos actores, alrededor de un arpa. Espantándonos cuando queríamos realmente amarnos.

Y tan muerto como ellos, pude finalmente recordar mi infancia, mi juventud y mi vejez.

Pidiendo revivir un día más, sediento de poesía.

**RETRATO DEL POETA COMO ASALTANTE DE BANCOS<sup>1</sup>**

Los poetas son ideales para asaltar un banco.

Tienen la mirada torcida.

Y el recuerdo los inunda como cucarachas chillonas  
bajo la luz enloquecida de la luna.

Llevan las barbas inocentes de las bestias que señalan las  
olas para entender el morir.

Si fuera a robar un banco lo haría con poetas.

Han sido previamente despojados.

Y guardan en sus ojos la memoria de cada sencillo rincón  
como si se colaran por allí hacia un agujero heroico.  
El disparo invisible en su corazón es fecundo.

Nada tienen que perder.

Ni a quién delatar sus fechorías  
más que a la sombra de la estrella  
que lame el lago de un pueblo como una gota de vino.

Los poetas son ideales para asaltar un banco.

Ellos trabajan con un cuerpo desaparecido que nadie  
determina.

---

<sup>1</sup> Conversación con *La mejor banda* de Roberto Bolaño

## *LA SERPIENTE DE LA POESÍA I*

La serpiente mama largamente del sueño envenenado de la tierra.

Y es basilisco la poesía, y necio el poeta,  
porque gracias a su postura limpia con su lengua  
el cuerpo envenenado de su padre.  
(Su padre es el idioma, cualquier idioma.)

Y el poeta lame todo el día esa hinchazón vehemente  
entre sus piernas.  
Traga aquel veneno para escribir su poema como una  
abeja embromada en el pistilo redondón y negro de su  
barro ancestral.

Siempre hay un verso que se llama Anestesia  
y que vive con el miedo de volverse real.

Yo solo sé que los poetas chupan venenos.

Y que interrogan sus recuerdos hasta hacerlos hablar.

## *LA SERPIENTE DE LA POESÍA II*

Como serpientes que hablan entre ellas,  
Neruda a la derecha está limpiando el revólver con el que  
se mató Pablo de Rohka.

A la izquierda está Rimbaud sorbiéndole la cicatriz a  
Verlaine.

Sopla dentro del agujero que con amor le hizo.

En el centro veo a Lezama Lima empujando contra una  
roca a Virgilio Piñera.

El tamaño de esos cuerpos no cabe en ningún poema.

Panero tiene la mano sobre el pecho de Borges:

Le explica que cuando era niño él también devoraba sus  
pesadillas como hongos.

Que amaba el sabor de la belleza masticada como un  
párpado suave.

¿Y no es ese Octavio Paz pintarrajeándole la cara a  
Ginsberg en el calor de Sonora?

Hay un tipo, en el fondo, hechizado por la fantasía  
y rebuscando en pozos de arena sus poemas perdidos.

Sonríe Gil de Biedma cuando escarba entre los cactus  
hasta dar allí con la cabeza de Whitman  
dentro de una funda.

La levanta, dice: ¡Ajá!, y continúa.

El sicariato, organizado por los poetas, va y viene entre  
plumas que levitan.

Todos muestran la boca partida como los pájaros muertos.

Atrapan una parábola que no es verdadera, que no  
comparte nada, que ignora a quienes raja.

Viejas lolitas cambiando de sonrisa con los ojos cubiertos  
por reflejos.

## *DUELO ENTRE UN POETA Y SU CRÍTICO*

Hay un hombre sentado sobre la playa, feliz de no existir ni para él mismo. La tarde enrojece, rebana el cielo como una enorme sandía, y hunde la luz amarilla en la peluca de un mono, necio, hospedado en su palma. Ahora están ambos frente al mar. Y por la noche, cuando empieza a creer en el poder de su instinto, le lastima su forma de posar borracho. Le lastima el modo en que el mono desconoce la franja de arena sobre la que está sentado. Sabe que algo más, un milagro secreto, está ejecutando en él algún discurso. Entonces se levanta y abandona la orilla. Susurra a las pequeñas olas mientras viaja hacia ellas. Piensa en desfallecer en las aguas que retrasan su piel entumecida. Hasta que el mono empieza a moverse tras de él, equilibrándose en sus patas con una extraña fuerza.

## ***EL ESQUELETO DEL SIGNIFICANTE***

Especulemos: un rayo en medio de la tierra huyendo por la  
cabeza de una flor.

montañas con dos puntos cardinales  
arrojadas por un púlpito.

un ojo lleno de lágrimas en el broche  
oloroso a vino de un capellán.

jardines donde las abejas tienen cabezas  
de aerolitos y tintinean.

un hígado duro de roer que sobrevive a  
2.000 atmósferas.

nubes creciendo en el cerebro como ove-  
jas aporreadas, a muy buen precio.

Los tambores infantiles. Las puñaladas por debajo de  
las decepciones. El oro de lo cotidiano. El amor pegado  
como los policías a las aceras, buscando cadáveres. El  
odio pelirrojo colgado a la aventura de soñar con dios. Y  
todo, definitivamente todo, lo que una vez creímos que era  
eterno.

## **LA UTOPIÍA DE LA GUERRA**

La guerra tiene algo de ordinario.

Dicho así es una idea terrible.

Aunque es una idea real.

Si cabe lo real dentro de un verso.

O si un verso cabe dentro de un planeta terrible.

Tú no eres el disparo que está perforando esta hoja.

Y yo no soy un festín de cuervos estampado en las flores.

Pero la guerra se hace con ambos como un deseo sexual.

En la primera plana de los diarios siempre habrá asesinos:

políticos, curas, deportistas.

Escritores probando su puntería.

Muchos por elegir.

Monstruos famosos dejando un ropaje de sangre por el aire.

Pero la muerte también puede ser un juego con sombrero.

Y el retrato de un hombre, junto a un pez de plástico,

en la pared enmaderada de su oficina.

Y puede ser el temblor del martillo en la pirámide masónica,

detrás de un dólar.

Y la utopía más borrascosa que inventó por temor

un hombre.

Imposible predecir sus resultados.

Como el despiste de quien fue en busca de horizontes  
y sólo halló los cuerpos desaparecidos de todo un país.

1984

Detrás de los televisores hay perros con rabia.  
Quién diría que se alimentan de rabos de estrellas,  
cuidando de la perfección de los imbéciles.

Un hombre, amamantado por la sugestión,  
ataca a otro para tomar primero una fotografía de unos  
huevos fritos como dos pezones temblando sobre un plato  
recién servido por 4, 50 \$.  
(Hollywood Boulevard.)  
Comienza a hacer de su vida la recopilación.

Una muchacha acaricia con sus ojos los muslos de otra  
muchacha, remando por los números infinitos.  
La realidad virtual es el florecimiento de millones de delirios  
contra el reflejo del vidrio de un glorioso local,  
donde cuelga un letrero que hipnotiza al cliente:  
*Apple* –la manzana envenenada– huele a semen y azufre.  
Compre estas imágenes para sus ojos.  
(Río de Janeiro. Calle de Las Creencias.)

«Anoche soñé otra vez que paseaba por un parque verdadero.  
El viento desgarraba los abedules.»  
(Madrid. Barrio de Salamanca. Consulta siquiátrica. 250 €.)

Usted tiene un problema con la realidad.  
Ve perros detrás de los televisores.  
Tiene fobia a las cámaras de seguridad.  
Nadie lo está vigilando. Nadie nos vigila.  
No existe un gran ojo registrando su dolor  
ni el de su familia.  
Y el miedo –de esto sabía Rimbaud–  
es mirar salvajes ingenuos sobre elefantes encadenados.

Visite un parque en el lugar que le apunto:  
[www.vidadulcecausadelavida.com](http://www.vidadulcecausadelavida.com)  
No atienda a los informativos.  
El material colectivo es delicado.

Y no arroje a los perros sus confidencias.

## ***INDIO DORMIDO***

No se lo digas a nadie: alguien que está dentro de mí, pero que no soy yo, conoce la fecha exacta de mi muerte. El segundo en que mi corazón se detendrá. El instante en que el aire, el hueso y la calabaza rodarán desposeídos. Tirado quedará todo entre dos sombras. Y ése que está dentro de mí, pero que no soy yo, contempla otras caras largas: rostros de vaqueros echando humo. Gente, en definitiva, cubriéndose la nada con la espuma de sus muertos. Elevando refugios de sangre y hielo bajo un cielo pausado. Y solo: porque en un lugar donde todos repiten los halagos y las canalladas ser diferente es un suicidio. Rodando lentamente por un suelo de testigos lerdos que sólo saben reír. Por cierto: perdona tú a los que no saben llorar, y que se sienten diferentes, porque de ellos será el reino de la tragicomedia. Un reino donde las flores desaparecen detrás de cada organismo vivo que desaparece. Cuando ese indio que está dentro de mí, y que conoce la fecha exacta de mi muerte, abre y cierra los ojos para entender que la emoción de extraviarse es todo lo que posee.



## *LECCIÓN DE ARQUEOLOGÍA*

Entre animales

atreverse

a ser la piedra.

## *TEORÍA DE LAS CUERDAS*

Hoy El País colgó la foto de una escopeta crucificada en un puente de hierro.

Al parecer la tierra no entiende de muertos a medias. Le aburre la figura de un inocente bajo el cielo vacío.

Dicen que los chilenos y los argentinos son gente dura. Han sufrido tanto que nada les parece interesante. Y disponen de grandes tragedias acumuladas en las historias de sus familias.

Hoy El País colgó la foto de una escopeta crucificada en un puente de hierro.

Yo, punto y aparte, pienso que los mexicanos también son gente dura. Aunque por razones distintas: su desconfianza es un acto de supervivencia. Han viajado desde el morir al no morir; y han bebido de las tinieblas como un pez en el caudal del río. Se irán del mismo modo que todos nosotros: frotándose en público la violencia como una tarántula triste.

Hoy El País colgó la foto de una escopeta crucificada en un puente de hierro.

Y lo que antes permaneció avergonzado, alicaído, vuelve a hacerse. La sabiduría parece un síntoma de debilidad donde vivir es solo la consecuencia de no recordar lo inútil y lo tumefacto.

## *KIMONO, 1989*

Los brazos no se estiran hasta el cielo. Lo más seguro es que el cielo se curve hasta los brazos del niño recién nacido que muerde con ansia el pecho de su madre como si fuera a asfixiarse. Se atraganta de una pócima caliente que desconoce. Y en el proceso, en ese demencial mordisco vampírico de amor terrenal, todo empieza y se desmorona al unísono.

Caen las voces de las madres del pasado en el laberinto de flores hundidas, donde una vez una mujer amó y terminó pariendo para descubrir que sus pechos, que sirvieron para el placer, se han convertido en dos ríos hirvientes para que floten futuras mujeres y hombres, que aún sin dientes comprenden que la vida se reduce a morder como un exiliado, como un real prófugo de la muerte, clavando los dientes sobre el pellejo de otra persona.

Chupar, succionar y morder para extraer la vida de otros y así alcanzar la propia.

El fluido blanco que sale del pezón, de la aureola del mágico pez, de la estrella polar más cercana y misteriosa, hace palpitar con mayor fuerza el corazón de la criatura, que aún se sorprende de estar viva dentro de unos brazos cerrados que la atrapan con cierta tensión.

*Te amo*, dice la mujer que para ser madre debe olvidarse por unos meses de ser mujer. Su cuerpo entra en la dimensión de lo desconocido: cuidar de ese nuevo humano la obliga a olvidarse de ella, como si una pierna se hiciera más contemporánea mientras más cerca rebote de su putrefacción.

Y eso hace trizas la identidad y origina la culpa.

Cuando traga –la criatura– lo hace hasta empacharse: revienta con facilidad hacia afuera como un pequeño volcán de plumas (o algodón) de ganso veneciano.

Mira hacia la madre sin mirar nada realmente. Este es el primer escenario de sombras donde pestañea convencido el nuevo ser de que ha sido traído a un sitio donde la oscuridad lo protege de otra oscuridad más profunda.

El mundo se abre a sus sentidos como un choque de dos oscuridades.

Y ese criterio primigenio lo perseguirá para siempre.

Cuando empiece a mirar le tocará elegir entre oscuridades: entre dos espacios arropados por sombras similares para subsistir. Y apenas se sentirá dichoso de poder cerrar los ojos por la noche para entrar en una tercera oscuridad, menos exigente.

El líquido que llena sus cachetes, que sacude su lengua,  
lo va inflamando por dentro hasta entibiarle el cuerpo  
por entero.

Eructa un saltamontes.

Eructa un osito blanco de goma.

Eructa una burbuja astral que cuando explota frente a su  
nariz diminuta le hace reír.

Mojando sus pelos en el aire a prisa,

Se aferra al pezón ardiendo (en llagas violetas) que se  
sostiene frente a él con rigor. Irradian en su interior  
canales minúsculos y cientos de venas adormecidas  
llenas de un líquido salvador, que es dulce y amargo de  
modo extranjero.

La luna sobre la cabeza de la pareja –madre e hijo  
engarzados como el blanco corazón de un pingüino–  
se eleva redonda y cenicienta como una vocal de hilo,  
herida de plata.

Círculos es todo lo que percibe el pequeño ser humano  
desde que ha hecho contacto desde el más allá con la  
vida terrestre: un vientre, un pezón, una luna furtiva que  
dispara helados fucilazos en el centro calvo de la noche.

Abre los ojos para seguir mamando como si fuera necesario abrir los ojos para entregarse por entero a la glotonería, al desparpajo de una respiración que cada vez se siente más real, mas humanamente real porque es pasajera.

Respirar desde el día primero es un acto pasajero que se siente igual a equilibrar un cable telefónico desde el interior de las costillas.

Pone su mano sin gramática hecha de leche lunar dentro de una de las manos abiertas de la madre abierta ante el gemido idéntico de la naturalidad de la especie.

Ante el ritual de transformarse en lenguaje mascullado, ambivalente, voraz, multicolor y fuera, siempre fuera de los ciclos de la materia tan triste como salvaje.

El mejor poema de los sentidos no puede reír ni operar la política fallida del deseo que ocurre en alguien que es ahogado con la leche para ser salvado con la leche de modo oral.

Son ambos cuerpos bolo radiante dentro de un hospital tan blanco como el lobo más huérfano y salvaje de Nebraska.

Hay un sentido de propiedad y lástima, de orfandad y hambre, de cuero abanicado y celo torcido, de hielo lustrado sobre cachetes templados, de mandamiento y ademán cubriendo ese viaje que comienza en el pecho de un pequeño humano que lucha.

Que respira sin saber qué es respirar.

Que muerde y chupa sin saber qué es saquear y vivir desde ese instante selva adentro.

Que gime y bate palmas sin saber que en cada movimiento que realiza hay una acupuntura de fantasmas.

## **REVOLUCIÓN 9**

Enciéndeme, hombre muerto. He llegado hasta aquí siendo apenas una coagulación que impide el arribo de la esperanza.

Alguien distinto a mí, alguien que ahora vive, admira su incomodidad con raro apego. Imagina que al final de la escritura hallará una parábola inteligente.

¿Reirán ahora sí los perros al azar?

Estar vivo y pendiente de seguir con vida debería llamarse El exilio.

Llevo décadas tapando los agujeros de mis ojos y mis orejas para no cometer el mismo error de plantar alfombras en mi hogar, o palmeras afuera.

Vamos, mírame ahora: nunca llegó la nueva era. Por eso continuamos dentro de un sueño oscuro. Solo vemos posturas que hacen girar la cara.

Si en los próximos años me dan a elegir entre descamar oraciones o saltar de un edificio, no dudaré en ponerme un sombrero.

Mi cuerpo, su cuerpo, tu cuerpo dejó hace mucho de trabajar por el artista, de forjar la odisea.

Enciéndeme, hombre muerto. Vivo retrasando mi caída como cualquier paraguas calentando una estrella.

Ésa es la estrella. Básicamente es tan fácil como decir adiós.

¿Por qué debo ser tan blando y húmedo como la saliva que despierta pegada a los labios?

¿Por qué una casa es un coágulo de sangre bajo la nieve inclemente de los años? ¿Y una camisa sucia, por ejemplo, una forma de hidrógeno que prueba que un corazón sabe teñir?

Hay un mundo aún detenido entre una imagen descargada de un teléfono a otro. Pura especulación.

No es una continuidad ni una comunidad. Eso es mentira. Aunque esa chispa parece una lucidez que ayuda a proyectarnos dentro del mundo.

Quien captura imágenes engaña en la carne esa muerte que, con ojos semiabiertos, habla por todos.

Quien se deja capturar no se moverá nunca más y embobará a las sílabas del abismo. Basta con decir adiós. El secreto es que el reflejo sigue anhelando ser libre.

Enciéndeme, hombre muerto. Estoy cansado de apenas decir y de morir diciendo.

Haz una buena antorcha con todos mis huesos. Y no la sueltes.

**EL DÍA EN QUE LEOPOLDO MARÍA PANERO  
RECIBIÓ LA NOTICIA DE QUE FINALMENTE LE  
OTORGARÍAN EL PREMIO CERVANTES**

***1era versión***

Los espejos abandonados del hospital y el temor de los reclusos por todas partes. Esos espejos que nadie sabe para qué diablos existen por el corredor trágico donde una lagartija se mueve maravillada por el brillo repentino de unas moscas. Oscurece la sala como un brazo de fuego. Atestiguan los espejos abandonados del hospital, el arribo de un hombre con una noticia. Su blanco traje de poliéster, perfectamente abrochado, alimenta la mirada de quienes lloran atravesados por la insignificancia de la tarde. Los reclusos siguen rumiando sus horribles recuerdos como camellos amarillos por un desierto. Leopoldo corre desde su habitación con una piedra dentro de su mano que sabe que es una piedra. La mitad de su rostro, reflejada en uno de los espejos del corredor, parece el hacha enterrada de aquel enano en venta de su poema infantil. Recibe, del hombre de blanco, el blanco sobre con la noticia del premio. Escupe sobre el piso unas cuantas palabras, incoherencias poéticas como que la oscuridad que viene de su rabia es más poderosa. Y concluye, pasándose la mano derecha sobre su cabello ralo, justo sobre la cicatriz de su frente (esa mordida de un cocodrilo que ingresó por su pesadilla en forma de

unos tomos de Tolstoi) que, aunque *toda perfección está en el odio*, y él desde luego ha odiado a España toda su vida, entiende que hace mucho se lo merecía. Y que igual puede dejar sus guerras para más tarde.

### ***2da versión***

El poeta, tras recibir un blanco sobre con la noticia, mete la mano en uno de los bolsillos de su pantalón, saca un papel, y escribe:

Verf

No Verf barrabum

Uf, qué espuma

Verf verf

Y bujum.

Mamá: bujum. Papá: bujum. Tío: bujum. Y hermano mayor: bujum

Les gané a todos, coño.

Verf fue un buen alimento.

### ***3era versión***

Leopoldo cierra el teléfono y cae de rodillas en el recibidor del hospital Mondragón. Alicia le tira de una oreja y le pregunta qué sucede con él. «Se está escapando el conejo, Leopoldo. Ha cruzado por el pasillo de espejos horribles. Y se ha comido el algodón de todas las camas». Una mujer grande, de repente, una mujer barbuda, pregunta sobre cuál de las llaves que hay en su mano

sirve para cerrar las puertas del reino. Billy the Kid se ha ido junto a Pat Garrett; y mucha gente está llorando en las habitaciones porque sabe que se dirigen al bar que está a ocho cuadras de aquí, y si regresan borrachos va a llover puñetazos. Un niño, de cabellos verdes, juega con Campanita deslizándose en un jardín de vidrio donde Leopoldo ha convencido a un paciente para que cuide de una enorme nuez que parece un cerebro deshidratado. Cuando llegan los médicos, ya se han puesto todos los pacientes a aplaudir al gran poeta que, completamente desnudo, discrepa sobre cuál de sus dos piernas usar para la ceremonia de premiación. O con cuál de ellas propinarle una patada al robusto trasero del Rey. Se oye el sonido mineral de un labio destrozado mordiendo una página, sorbiendo un racimo de papeles. «El conejo, Leopoldo, el conejo». Es Alicia que siempre habla cuando se siente abandonada. Y un hilo de semen baja con pereza por una de sus rodillas.

## **CONVERSACIÓN CON LA BALA**

La bala que entró en la mano izquierda del Papa Juan Pablo II, en la vibrante plaza de San Pedro en una mañana de mayo, no es la misma bala que impactó en la cabeza de John F. Kennedy en el condado de Dallas.

Y la bala que atravesó el frágil cuerpo de Andy Warhol, en los depósitos solitarios de Nueva York –donde llovían pastillas y licores–, no es la bala que acabó con la vida de John Lennon cuando bajó de su auto como un embajador imprudente. (De ningún modo es la misma.)

Y a pesar de que la bala que un confundido disparó contra Ronald Reagan –bello actor de los valles de Hollywood– se parece a la bala que el actor John Wilkes Booth disparó contra Abraham Lincoln (quien estaba distraído cuando un fogonazo lo cegó para siempre), tampoco se trata de la misma.

Aunque sospecho que la bala que terminó con la vida de Malcom X sí es la bala que, después de unas cuántas vueltas por salones de té, atravesó a Martin Luther King en la noche desnucada de 1968.

Una bala que había estado contándonos la Historia desde un agujero.

## *BATMAN/DRÁCULA DE ANDY WARHOL*

### 1

Es una barbaridad de muchacho limpiándose los ojos con sus quince uñas. El cuervo, el vampiro, el buitre y Batman son los únicos animales que le interesan.

No tiene miedo a confesar, bajo las alas de innumerables palmeras nocturnas, que ha visto una y otra vez a su abuelo volviendo de la tumba, pidiéndole por un abrazo entre lloriqueos humanos sobre un reborde de incienso.

Su juventud es trémula y apenas entra en sus venas muestra toda la estatura del infierno.

Crece hacia el olvido de la ternura acariciándose el corazón por el camino de los monstruos.

Su independencia y su pereza solo son sinónimos por los que revienta sin cambiar de rostro.

Está eufórico, al mismo tiempo que irremediablemente cansado. Aún no tiene nombre: por suerte aún desconoce de aquella charlatanería.

Se siente enamorado apenas deja la casa; y se pierde misteriosamente en un atardecer depresivo por todos los

caminos que le ayudan a marchitar su asombro con el ruido de las cadenas de los autobuses.

Besa sus brazos cuando nadie lo mira para que la oscuridad no saque su cabeza de la profundidad de su carne.

Se deja caer en tugurios y callejones donde la copa se vuelca. Y sonrío apresando la energía de unos ojos que toman impulso guiñando en la noche.

Dice entonces: Batman es mi gurú y mi amor nocturno. Y el Vampiro es mi esperanza de exhibir mi ardiente espíritu con unos largos colmillos.

Dice entonces: el Buitre que posa su pico en el fondo y masca la carroña en los escondrijos de una fosa, que solo él descubre como un oasis admirable, es también el Cuervo que canta en la noche y vuela sobre las piedras y los árboles inmóviles, graznando con locura en mi cabeza que drena la vergüenza de sus plumas de cuero. Ese debo también ser yo: imitando caídas e impresionado ante mi naturaleza de roedor lujurioso.

De pronto vuela y sabe que siempre es ahora: un mismo tiempo aislado como un incendio dentro de una casa

que hace del paisaje unas olas violetas y naranjas, con promesa de tempestad desde su torre salvaje.

Se mueve de puerta en puerta, dando tumbos, acariciándose los tobillos en cada caída, desplegando su confesión descarada como una familia de serpientes en el remolino de una pesadilla que sin palabras conquista su presencia en el mundo.

Sería preciso apartar su fortaleza insensible sobre otras criaturas. Sería preciso negar que la novedad le enseña sus dientes indomesticables en cada cuerpo que agita su deseo de vivir. Sería preciso hacer caer la soledad sobre esos ojos tenaces que pulverizan vínculos y frases secretas.

Pero no: el muchacho es ebrio, dichoso, roto y hermoso como un roble adormecido levemente bajo la capa de un murciélago inquietante, que está seguro de su capacidad de envolverse en tinieblas.

Hereje como los acueductos de una ciudad interior que demasiado pronto dibuja los caminos hacia la perdición de sus habitantes.

Adquiriendo vicios como defensas contra la vida.

2

Vivo en torno a la piel calcinada.

Estoy en casa, pero el pánico brota ante el muchacho de capa bien peinada que ha sobrevivido en los tejados aplastando las cabezas de los hombres, a buena distancia de familias pequeñas y lluvias nerviosas, que parecen adquirir caballos para el viento, tumbado en el aburrimiento de un Domingo de misa.

Sabes, su fatiga es una estela luminosa ensangrentando el océano. Todas las lágrimas entran en su espejo hacia una clausura líquida en los bordes del mundo.

Sus ganas de inventar la autodestrucción hacen temblar a obesos indios bajo las faldas de los Andes.

Pero ¿qué sabe él de la muerte? ¿O qué sabe de los Andes y sus imperios? Nada.

¿Calculando las máscaras de los faraones soplando en medio del desierto por su presencia? Nada.

Vestido de madurez dudable, con una chaqueta amarilla clavada en su columna, y sonriendo con una palabarrera invitación a destilar alcohol sobre las piernas abiertas e impolutas de la belleza.

Nada sabe ese muchacho de la muerte, pero habla de ella con habitual esplendor tendido a lo largo de una piel adornada por la jalea de un sol que juega a las cartas y pierde contra una ventana.

Yo me lo quedo mirando ahora, llenándome de mí mismo, treinta años después de aquel primer encuentro entre ambos.

Bien sé que se hunde como la fiebre en las fuentes de la sorpresa.

Bien sé que en lo más hondo de sus muslos hay una soledad con la cara golpeada por la sagacidad de los perros que no van al colegio.

Buscando así nuevos ídolos a los que reverenciar.

Batman y Drácula, por ejemplo.

Oscuros y enormes rebeldes sobre misteriosos balcones de hierro forjado. Murciélagos enigmáticos e insaciables. Una historieta y un gran libro que nadie ha desechado jamás.

Ecos de conquistadores de la muerte precisando de peleas las veinticuatro horas.

Dos colmillos y puños. O cara y cruz de una misma nostalgia justiciera y sedienta de sangre.

Dos hombres en un mismo hombre que conviven condenados a esconder esa identidad que otros temen, pero que a ellos cautiva.

Una dualidad, entonces, que invade absolutamente todo con una sonrisa llena de prunas agridulces.

Por un lado, los horizontes y sus delirios de muchedumbres nómadas y errantes canciones cuando un león de piedra dobla sus rodillas hasta que rechinan. Y lo tormentoso ajeno se torna lo tormentoso de uno. Porque la idea de hacer de aquel muchacho su propio superhéroe y su propio vampiro, y, porqué no, su propio cuervo boxeador, reclama la realidad sin guardar semejanza con el juramento hecho a los padres.

Aunque, por otro lado, el sacrificio es una fealdad artificial que el joven rechaza.

Y perfilado, pero alterado por la fronda de su cerquillo, empieza a olvidar los modales.

Siempre en sus cálculos aventurados la noche es temeraria y le pertenece.

Y cuando se mira en el espejo con su disfraz oscuro, poco antes de irse a bailar por antros y billares, comprende que con el miedo y el desprecio de los otros le basta para resistir.

(Batman y Drácula)

Desde entonces ha sido un turista atraído por los gritos de auxilio.

### 3

Yo hablo de ese muchacho como si lo conociera. Como si tuviera el derecho. Pienso en sus perfumes y peinados. En la forma intrépida que tenía de doblar sus pulgares hacia afuera.

Y rejuvenezco de pronto en la maldad que solo en él reconozco.

De las puestas de sol de aquellos años, corriendo tras palabras como conejos pelados que levantaban la lona de un cuerpo que odiaba las campanadas de los festejos y las ceremonias que sumergían aún más el sexo

insumergible.

Charlando y fumando con el riñón caliente y la náusea en los codos. Precipitándose.

Mirando ahora a ese muchacho precipitarse hacia las nubes como solitaria pelota de fútbol en arco adversario.

Yo hablo de ese lenguaje perdido en la memoria de una navaja. Y de unos padres desaparecidos que concentraban olores fúnebres en el espinazo, bordeando jaulas o cunas con despertadores colgados en sus ancas terrestres.

Y de un gran globo que retrocedía atareado con la migración de su propia sombra, al ritmo de una danza tradicional que sólo era visible en el paréntesis de una cabeza que renacía como un cementerio invadido por estatuas embotadas a la manera antigua.

De presencia beligerante.

Entre los vivos dando tajos al aire, con una pluma para marcar la herida por donde merodeaban la inmadurez y el pecado, junto a todas esas fábulas dactilares que ahora escondo.

Y no me avergüenzo de ello: escondo también la bomba de mi corazón en el dibujo izquierdo de un pecho fofa que se llena de insectos cuando salgo a la calle, a esta edad, ignorando la amargura de unos pies que se borran al contacto con la hierba.

Todo es performance fuera de lugar.

Todo es recuerdo roto en estado de combustión.

Aunque aquella pubertad -de la que hablo- era pura agua metálica lloviendo sobre la piedra calva del fin del mundo. Trenzando en mi interior oscuro un llanto primitivo que arrastraba fantasmas.

Allí donde negarse a morir dividía las amistades en tropas húmedas.

Y tener los ojos abiertos no alcanzaba para obtener una opaca honorabilidad más insignificante que el hilo que apresa al pájaro-brujo en su juego con la sombra de un armario.

Yo hablo del sudor en las peripecias de los ciegos que reventaron sus pestañas de arañas contra la lluvia, por amor a la luz. Y de madrugadas de chicos estúpidos que admiraban a suicidas en torno a bellas sábanas colgadas en sus patios, donde se metían droga cuando la familia se quedaba dormida.

Aún recuerdo el sabor a leche cortada corriendo por mi lengua cuando un camarada se excitaba frente a nuestra lente mental, obligándonos a imaginar su propia muerte.

Nunca más crecerán arrogancias de esos muertos frotándose las manos.

Nunca más nos aburriremos, ese muchacho y yo, por viajar a Marte en la cola llameante de un cometa con rabia innecesaria.

Nunca más hablaremos sobre el taller mal hecho por los hombres que tenían miedo de jugar con sus hijos en la orilla del río.

Y que retornaban a casa con dólares atados a los cabellos como sirenas perdidas.

Pero es con mi necesidad por acabarme que refinamientos clasifican los recuerdos.

Paralizando la ternura para que un desierto presencie lo que ha vuelto a perderse.

Pero es con mi silencio que encuentra prisión el misterio de aquella edad oscilante y victoriosa como cascada de garras amasando la bruma.

Pero es con mi redención, como artista inútil, que resplandece aquí el muchacho muerto y disfrazado de alcohol que afiló su ánimo salvaje entre icebergs de edificios depurados donde jamás trabajó.

Mirando caer cenizas, minuto a minuto, sobre un mundo evanescente.

#### 4

Mi madre hizo del dinero una franja de sol. Raramente mostrándose desnuda frente a sus hijos.

Nos dio una buena casa, intimidatoria y oscura, con maderas y espejos en el recibidor y la sala.

Recuerdo jarrones de medio metro con hierro en las patas a la espera de algún saludo alienígena como hacen los azafranes.

En la vieja ciudad de bucaneros perdidos, donde quedaba el eje roto del sol, y los barberos te hacían un corte deportivo –tan viejo como la dinamita– acompañado de una espesa colada por cincuenta centavos.

En un puerto de piratas que llevaban una asquerosa muleta con la que espantaban a los niños cuando desembarcaban por provisiones, dejando una jauría de botellas vaciadas aullando tras su paso.

Un lugar donde las visiones conspiraban detrás de unos párpados abiertos y llenos de laberintos como ampollas venenosas. Allí donde los miserables despertaban movidos de sus sitios en torno a palmeras que cuidaban con su sombra el espíritu contemplativo.

No era difícil que cien años después toda esa gente se hiciera cristiana.

Y que, de aquel puerto de orates, solitarios y borrachos miserables, apenas quedaran la hospitalidad de la amargura y el amor revistiendo cuantiosas calzadas.

Eran dibujos a carbón de casas y calles, como arterias y venas, donde cientos de gallos afilaban sus espuelas y cuchillos protagonizando por la madrugada, a la luz de una vida entre aguaceros paranormales, la batalla por la especie predominante.

En la memoria real de qué árbol amarillo estallará esa estampa del siglo XVIII.

No era difícil que más de cien años después el dinero, su arroyo triunfal, fuera el único propósito para esas vidas tan solapadas como el olor de una catedral deteniendo los tiempos. (Debajo de su púlpito aún hay cadáveres y obreros muertos por amor a la Revolución.)

Esta noche, en la pátina difusa de mi infancia en ruinas, arrinconada por congeladas chimeneas de fábricas industriales que fueron creciendo de los manglares de aquella ciudad alzada con masoquismo y desnuda chatarra, miro otra vez a mi madre y esa buena casa que

ya no alberga nuestras vidas sostenidas por los elásticos  
de la sombra.

Donde aprendimos a ser estigmatizados por cualquier  
estupidez

mientras enfermos perros dejaban su esqueleto, entre ja-  
deos, al pie de nuestra puerta.

## 5

Sólo en la pubertad el amor fue parecido al amor. Aunque se tratase de un amor no correspondido.

Este mundo es mosca. Y si se proyecta: un laberinto de cuerpos quemados que eligen vivir.

Deja esa oscuridad artificial que es el purgatorio y te va a tragar, me dijo una muchacha de cabellos claros, a la entrada de una ciudadela donde había aprendido a jugar a las escondidas, bajo la luz furiosa de un sol que siseaba sobre mis camisas de franela.

Esto es lo que soy ahora, respondí. Batman y Drácula. Un vampiro con una guitarra al hombro que canta desde su ego con la cara alargada.

Un chico con olor a cebo de bestia destruyendo a todos mis semejantes que afilan su normalidad bajo un sol villano.

Un manicomio, en otras palabras, donde mandará la buena mano que encuentre una sogá futura para su largo cuello.

Aprendiz del mal y justiciero de almas en peligro.

Sereno y en caída hacia los errores que hacen añicos  
un presente que cruje como máquina de escribir,  
destripándose a las tres de la tarde en medio de nuestra  
jornada de tortura.

No me compadezcas, amor de pubertad, tan insincero y  
doliente como el bochorno del mal amante.

Eyaculando en segundos sobre sus propias rodillas con  
un mareo en los ojos de viuda negra.

Yo aún confío en que ese muchacho que fui  
sabe perfectamente  
lo que está por hacer.

Va a enamorarse de alguien que nunca podrá quererlo,  
arrugando el teléfono con sus manos empapadas en  
ron barato, empujando su ronca voz por un cuarto en  
tinieblas, aislándose así hasta que tropiece finalmente  
con el poema en llamas.

Afilando en la falsedad de ese amor su labio de grillo.

Hasta que un día ese nuevo poema, grano reventando  
en su nula semilla, corte en dos su mundo: el del niño  
perdido

y el del niño perdido e intransigente.

Multiplicando su tristeza, según va la tradición,  
para que empiece a mejorar su escritura con el pasar de  
los años.

## 6

Nadie nos otorgó la muerte para sentarnos sobre ella como en un trono bruñido y llorar por todos los siglos de manera enfermiza.

La muerte no es un sillón ni una pandereta, ni un vegetal que rejuvenece al otro lado del agua.

Quizás la muerte nos fue dada para reconocer en ausencia de la vida el color de las cosas.

Para mentir sobre cada charco donde el otro subjetivo multiplica su esencia. O para hacernos adultos imitando el misterio de las mariposas.

Sin embargo, aquellos que le temieron al trueno jamás se atrevieron a escarbar, entre un montón de disfraces, la posibilidad de un presente menos ficticio.

Cualquier otro muchacho que haya visto esa mañosa estrella llamada Betelgeuse, sabe que de las sombras proviene su alimento.

Es tan extraño escuchar los gritos de los vivos llevándoles comida a los muertos con hedor a pescados salvajes recogidos al pie de la costa. Una fogata arde ahí, mezclada con el polvo, que se hace inmensa por los mecanismos

con los que la marea cubre esos cuerpos encorvados en su privilegio de perderse hacia una racha sin tiempo.

La fiesta, la del agua y su hidrógeno imperecedero, propone un cielo limpio bajo la tormenta daltónica de los animales que lo oyen todo y se hacen los tontos cuando purifican la vigilia con perdurabilidad falsa.

También bajan caléndulas a saludar el arribo de otros fantasmas, que toman nuestro lugar arrastrándose por la espesura de los cangrejillos que se atorán entre cadenas de relámpagos insalvables.

Bailan entonces babazas en los orificios pálidos de las orejas mientras nosotros extendemos la mirada hacia el cielo como un tapete roto.

Y el agua se divierte: suelta un aullido.

Este mundo es mosca. Zumba mandamientos demolidos en su modo de rehacer gente agripada.

Aunque pronto nosotros también estaremos muertos. Bien muertos, nos habla así un ciprés ahorcándose en las nubes. Y bien muertos miraremos el mundo atrapamoscas desde el árbol prohibido.

Porque aquello que nos salva y nos engendra es el amor  
a esta muerte.

## **GÓTICO TERCER MUNDO**

Despertar en 1973 o 2023 sobre la carretera, mirando los bombardeos de cualquier guerra de turno –hecho un saco de huesos–, no es otra cosa que hacer poesía con los ojos: cada pensamiento es presenciar un incendio de rosas para ver cuándo se hace justicia en un mundo estúpido.

Nadie debería volver al barro, sino a la sílaba absurda.

Nadie, absolutamente sentado sobre el cadáver del Bosco atado a la bomba atómica, llorando sin domicilio, aunque sea un espejismo, elige la fuga de la voz donde se afianza una mula que aún no entiende qué tierra es esta.

Nada qué agradecerle al humo ni a aquella oscuridad que fue dulce como la leche materna. Haberlo perdido todo (*hogar, cultura, territorio e identidad*) nos obligó a soñar con un pez remo que vaticina cualquier desgracia que pueda caernos desde un cielo, ya hecho pedazos.

Viene otra vez el olvido: se arrodilla para participar del dolor que se transforma en agua. Pide tus manos y las mías. ¿Dónde está la mujer que un día amé? ¿Dónde están mis hijos repitiendo el hambre y cegándose como dios, ciego de sí mismo?

Vivimos bajo un único régimen de terror que arrastra su bruma fólica. Y que, cuando caduca, asoma la comezón de miles de esqueletos clavados en valles y desiertos.

No hay camino. Sólo hay imágenes corrigiendo sus asedios. No hay espacio ni aire. Solo hay trozos iluminados por la ansiedad para el sostén de un negro jarrón de lágrimas, llenado por un amigo.

## *LOS HIJOS DE CHARLY GARCÍA*

### I

Somos ninguno. La tradición nunca nos conocerá. Por eso nunca nos comerá la boca. Estamos en los bordes. Siempre nivelándonos en los bordes vitales. Buceamos y nos asoleamos desde allí. Somos ninguno.

De jóvenes tuvimos un piso pobre y raro que olía a pura hierba. En vano tratamos allí de santiguarnos sin tener pruebas de que la luz amarilla era una luz demasiado falsa.

No queríamos bronca, pero nos encontraba siempre. La bronca. Así sucede. Cuando uno menos cree en las cosas el mundo se indispone.

### II

No nos enamoramos porque solo teníamos permiso para rompernos. El estampido de los huesos cayendo sobre la fusta fría de la noche. La noche completa era una obra que nadie había visto nunca.

Éramos ninguno pidiendo pruebas a otros para empezar a arder. Hacíamos el amor con los amantes de nuestros padres para hacer el amor con nuestros padres. Y estábamos de acuerdo en que los perros y nosotros estábamos de acuerdo.

Aunque luego reclamábamos por caer en deducciones, en ideas vertiginosas. Dibujando unos versos pegados a tu estropeada garganta en lugares públicos.

No queríamos bronca. Así sucede. Había aceleración y tranzas para entretenernos.

Era lo mismo la oscuridad que formar parte de todo.

### III

Si fuera chileno te diría que nos hiciste mucho daño, concha de tu madre. Y que eras polvo, tierra, y la madre junto a los hijos tendidos en la estera donde resurge un sueño.

Te diría que éramos apenas unos niños cuando escuchamos la promesa de una vida sin futuro en algunas de tus canciones.

Y que mucho antes de la imagen se mastica un lápiz. Aunque, en lo que respecta a la música, nuestros sueños eran casi la totalidad de un grafiti.

Ningún sol nos transfería todavía sentimientos confusos. Sin embargo, aprendíamos a desmecharnos y a perder el calcio con tonta dureza.

Éramos ninguno, antes de ninguno. Y éramos el resto,  
después del resto. Blanda y tiesa guarida con puertas  
siempre abiertas a la calle.

#### IV

Si supieras lo que tus hijos aprenden en la sangre,  
pasándola súper bomba con doscientos fantasmas.

Si supieras que no hay drogadicto bello, pero tampoco  
mal conservado.

Si al menos contestaras una sola de nuestras cartas, con  
tantos años y tierra de por medio.

Exploramos la parte brava cayendo en la poesía, una y  
otra vez, con una esperanza borrosa.

Vivimos de la música y de unas letras flotando en la  
bañera, llena de mugre rosa, cubiertos de sal.

Tu creciste con Videla. Nosotros con videojuegos.

Somos una porción de bruma mal calculada que despertó  
en una fábula extraña donde nadie sabe al final cómo  
acabar con todo.

Paseando por autopistas donde el Diablo y Jesús son otra pareja de militares vestidos de lentejuelas, perdiéndose en la noche.

*I CAN'T BREATHE SINCE I CAN'T BREATHE*

Y traen cazadores para nacer. Hay que matar primero.  
Por nueve minutos el rocío no resplandece sobre los  
escarabajos del jardín.

Hay máscaras de Ulises invadiendo las aguas, los caña-  
verales.

Por nueve minutos la piel como un tambor cruje en un  
corral sudoroso, de espaldas al cielo.

Hocicos escondidos bajo tierra disparan a los pájaros,  
buscan otro jefe para su tribu.

Nacer es dejar la tierra para entrar en la herida.  
Nacer es caer del útero si hay hambre como una res que  
grita en cámara lenta frente a un espantapájaros.

George Floyd es un toro vendado que respira con su  
corazón negro: crece como un eco de Motown y Jaimaca.

George Floyd cultiva colmillos contra el dolor.

Hay máscaras de Sebastián de Benalcázar, de Hitler y  
Hernán Cortés comiendo huesos educadamente en un  
zoológico.

Traen cazadores para nacer, para arrancar las ramas de cualquier bambú.

Por nueve minutos la tierra inconquistable se emborracha de puñales y herederos.

Millones de esqueletos desnudos descubren sus estatuas de sal encadenadas.

Sus sueños serán cenizas sobre el pavimento.

## **PASPARTÚ**

Paspartú, no el criado francés, quiere decir “pasando por todos los sitios” como la gruesa barba de un muerto.

Cada día hay personas que heredan una liebre enferma. Dejan atrás el desierto para que la fuerza roja del mar suba con ellos.

Llegan a un nuevo sitio donde afligirse.

Cada día hay personas huyendo bajo la lluvia cuando los grillos taladran los tubos de ventilación.

Para sobrevivir se debe sobrevivir a la pobreza.

Paspartú, no el criado francés, es una orla de cartón o tela que se pone entre una fotografía, pintura o algún dibujo.

Bordea el mismo laberinto para hacer más amable cualquier visión.

Pero aún no hay país que no arranque pellejos de las falanges para darles la bienvenida a los extranjeros.

Gente que no abre la boca ni por miedo.

Lonas albas cicatrizadas por sogas aún cubren los bustos  
de los dictadores de sus tierras.

Sus nombres escritos en las nubes aún se oyen bajo  
sabrosas tonadas de Wagner.

Paspartú, el criado francés de Phineas Fogg, supo leer los  
pensamientos ajenos, al margen de las horas, sin quitarse  
las gafas.

Hizo la traducción del espíritu de una liebre de cara al  
mar rojo: No todas nuestras vidas pasarán por los lugares  
donde buscamos la felicidad.

La angustia no deshace lo hecho.

A veces para encontrar un hogar hay que alzar los brazos  
y gritar muy fuerte con lágrimas en los ojos.

Y aunque el mar apile equipajes fantasmas de algunas  
personas que no llegaron jamás a su destino.

Arrojándolos como huesos sobre la arena.

## ***EL FANTASMA EN LA MÁQUINA***

### **1**

La mayor parte del tiempo el Escritor había pasado *escribiendo* para dejar fuera de su cuerpo alguna cosa. Fuera. A lo largo de la vida muchas cosas quedan siempre fuera. Porque el testigo de una obra literaria [su Lector] es, de algún modo, otra de sus creaciones incompletas.

### **2**

Cuando el Escritor empezó a redactar lo que salió de su interior travieso fue un burbujeo, rabia entremezclada con deseo, veneno puro. Y no demoró el Gobierno en pensar que era un descuido lo que hacía.

### **3**

El Gobierno, desde que el mundo es una aglomeración de sandeces, cuenta con tres ramas: Presidente, Policía y Patrimonio. Tanto el Presidente como la Policía vigilan por el Patrimonio. Éste, el Patrimonio, puede ser de algunas índoles. Tales como: material, intelectual, cultural y utópico. Sin embargo, cuando el Presidente discute con la Policía inmediatamente resguarda el Patrimonio. Lo mismo hace la Policía cuando no llega a un acuerdo con el Presidente. Solamente el Patrimonio experimenta la ficción de no necesitar de nadie.

Y el Gobierno.

#### 4

Cuando el Escritor apareció una mañana ante la sociedad civil (sucedió realmente en una madrugada, después de algunos excesos sin lenguaje, lo que vale la pena asentar en esta redacción oficial) se le ofreció un hogar. Aunque ese hogar fue antes de sus progenitores. Y mucho antes de los progenitores de sus progenitores. El Escritor sabe que, tarde o temprano, una casa se convierte en un cementerio de generaciones y generaciones que están allí para postergar la intención del Gobierno. O que cuando uno adquiere un hogar, la muerte arriba mucho antes de terminar de acomodar los muebles. Y, entonces, llega el Gobierno. Aunque la herencia para un Gobierno como cualquier otro, de dimensiones físicamente delimitadas pero insospechadas para la conciencia de sus gobernados, también forma parte del Patrimonio. Por ello lo que hace el Escritor dentro de su casa también interesan al Presidente y a la Policía.

#### 5

El Escritor –para poder ser llamado de ese modo– después de su presentación ante la sociedad, se mantuvo aislado por días, meses y años con el único propósito de dar forma a una obra. Mantuvo, además, vínculos con algunos amigos que pensó que no estorbarían

para el propósito de su obra. OBRA –así en mayúsculas, aunque pudiera carecer de relevancia literaria en el futuro– que debía sustentar al Lector, pero también al Escritor, permitiéndole como consecuencia reposar bien alimentado bajo un techo resistente.

## 6

Pero sucede que al Gobierno no le agrada la idea de alguien que está, cada cierto tiempo, aislándose del resto de sus gobernados. Sospecha inmediatamente que allí se está gestando alguna enfermedad.

## 7

Mucho antes de que el Escritor diera a luz su obra polémica, debe el Escritor aceptar que redactó otras que no fueron del total desagrado del Gobierno. Hizo poemas y ensayos. Incluso, obras de teatro y algunos cuentos. Compró también una planta que colocó en un pequeño macetero en el bordillo de la ventana de su casa que daba a la calle. ¿Le pagaron al Escritor por su literatura limpia, perfectamente pulida, que no molestó a nadie? Claro que sí. De otro modo, ¿cómo pudo comprar la planta, el macetero y las vitaminas que iba a necesitar su planta por los próximos cuatro años?

## 8

La planta que el Escritor compró en un mercado de rebajas era, por supuesto, una Pata de elefante. La adquirió porque sabía que había nacido en el desierto de otro país. Y soporta el sol directamente. Y se adapta bien a los espacios interiores. Cuando el Escritor la compró jamás imaginó que una noche la Policía, enviada por el Presidente (para la preservación del Patrimonio) entraría a su casa y, tras destrozarle sus pocos bienes, se llevaría precisamente su Pata de elefante. O sea: una planta que tenía raíces de otro país.

Porque para que aquello ocurriera debía aparecer primero un Testigo: el Lector.

## 9

Cuando el Lector se hizo presente (tomó forma corpórea delante de un tribunal, unos jueces, dos licenciados de letras y algunos periodistas) mencionó que la última publicación del Escritor era de una perversidad tan prodigiosa que atentaba contra el Presidente, la Policía y el Patrimonio. Dijo –haciendo hincapié el Lector entre múltiples fruncimientos y arcadas que provocaron otros fruncimientos y arcadas que provocaron otros fruncimientos y arcadas al tribunal– que el Escritor debía de estar colaborando con el Enemigo.

«Ni siquiera puede esperarse que aquello valga la pena en corregirse».

**10**

El Enemigo –no está de más aclararlo– es una fuerza incesante que muta en atmósferas, hombres, selvas y animales.

Y el enemigo de un Gobierno es, potencialmente, cualquier otro gobierno.

**11**

«La vida produce mierda. Y la mierda produce buena literatura».

Habló así el Escritor mirando a su nueva planta.

«Pero aquí hay que esconder la mierda debajo de la cama».

**12**

En aquel último verano el Escritor se extravió en dos ocasiones.

Y, ambas, dentro de su mente.

**13**

Todo comienza cuando el Presidente recibe una llamada de la Policía, quien le advierte que el Patrimonio corre peligro por la aparición de un libro. El Presidente da la orden de allanar la casa del Escritor porque se acuerda que hay uñas de ciertos muertos que crecen demasiado; así como hay hombres que, de la noche a la mañana, se creen preparados para encandilar malos caminos.

Pasados o lerdos. Gente, en definitiva, que pierde la visión de porqué tiene un hogar. El Escritor recibe una visita en la que es obligado a revisar, cautelosamente, todo el material que ha estado trabajando a solas. Se le cuestiona sobre su fidelidad al Presidente, la Policía y el Patrimonio. Ya escondido como un animal para escribir, ahora la Policía le obliga a sentir el miedo.

#### 14

Fue lo menos que se pudo hacer: amasar la carne del Escritor. Volverlo a la realidad. La escritura no es una religión ni un juego político. «Dedíquese a entretener. Que haya tregua hasta el próximo aviso» –dijo la Policía.

#### 15

¿Qué opina usted de la ficción?, pregunta un teniente muy guapo, frente a él, sobándose uno de los huevos sobre el pantalón, durante el interrogatorio número 15 al que fue sometido.

¿De la ficción?

Y antes de decidirse a responder, el Escritor procede a esculparse con la lengua algún rastro de comida entre los dientes.

El Gobierno entiende el arte. De hecho, mucho arte se hace en beneficio del Patrimonio. Y como usted comprenderá: el bienestar del Patrimonio es una preocupación que estamos alegres en asumir.

A mí la ficción me gusta.

Bien. Porque la Policía o el Presidente o, mejor dicho, el Patrimonio, está preocupado por la insistencia actual que existe en producir obras de *No ficción*, o de *Autoficción*, o simples materiales que no recrean nada con el lenguaje; vamos, que no estimulan la imaginación. Y sin imaginación la vida es frívola. Algo repulsivo que es mejor olvidar. Por eso hemos llegado a la conclusión de que la ficción está corriendo el riesgo de desaparecer. Como el dinero, por ejemplo, que está siempre desvaneciéndose. Pero eso usted ya lo sabe.

Discúlpeme, teniente, pero eso que acaba de decir es una estupidez.

Silencio. Ahora el teniente deja de sobarse uno de los huevos sobre el pantalón, saca un cigarrillo del bolsillo izquierdo de su camisa y, antes de encenderlo, se sienta frente a él. Termina cruzando sus enormes botas negras sobre el escritorio.

Explíquese, escritor.

Primero, un escritor no decide el tono de una obra. Eso lo hace la obra. O el espíritu que se agita dentro de ella, incluso antes de ser escrita. Segundo, ese espíritu o fantasma en la máquina, ha podido requerir de muchos otros autores, pero lo elige a uno. Tercero, todo lo que vivimos es ficción. Desde lo que usted realizó o soñó ayer, hasta la conversación que acaba de tener esta mañana con su superior. Si a usted le tocara poner por escrito

alguna de esas experiencias, yo le aseguro, créame, que su producto no sería de ningún modo fiel a la realidad o a lo que pasó, pues la realidad como tal no es otra cosa que un cordero –ni demasiado grande ni demasiado pequeño– encerrado dentro de una caja con unos cuantos agujeros para poder respirar. Igual al dibujo del aviador en la historia del Principito.

El teniente se pone de pie y agarra fuertemente del cuello al Escritor.

## 16

En el informe del Lector [el Testigo] estas fueron, según él, las causas que atentaron contra la seguridad del Patrimonio:

«Hay un cuerpo anómalo dentro de esa escritura. Un cuerpo en el que los otros no podemos reconocernos».

«Hay un lenguaje ridículo dentro de esa escritura. Un lenguaje en el que los otros no podemos reconocernos».

«Hay una relación incestuosa entre tres personajes que, a simple vista, representan al Presidente, la Policía y el Patrimonio».

## 17

Ante las advertencias recibidas, el Escritor pensó que lo mejor sería escribir poesía. Como lo había hecho antes, cuando empezó. Sabía que los cuentos y las novelas, por ejemplo, albergan alguna semilla amarga que chispea

ante un testigo que se las da de intérprete habilidoso. La poesía sabe esconderla mejor. Y pocos se meten con ella. Además, él debía cuidar de su nueva planta, su único amor y compañía, después del aislamiento al que se vio sometido por culpa de la intriga que cayó sobre él. No lo invitaban a eventos como autor; y sus pocos amigos se esfumaron junto a los premios que su obra no recibió jamás. Era mejor borrar poesía. Cuando el Viejo Mundo conquistó el Nuevo Mundo muchos naturales se dedicaron a la poesía en lugar de la narrativa por la misma razón: el miedo. Entonces el Escritor sepultó su civismo. O lo desfogó llevando un diario que, después de saciarlo de palabras, escondía en el techo falso de su habitación.

Fue así como una noche se dio cuenta de que llevaba muerto varios años.

## 18

El cadáver del Escritor, sentado frente a la ventana, mirando su planta como viajando hacia ese país tan extraño del que era originaria, y que tenía en su nombre una hermosa X, una mágica letra que aumentaba su misticismo, es todo lo que sus vecinos recuerdan de aquellos años.

**19**

Pasó mucho tiempo para que el Presidente, sentado junto a la Policía, mirando con amor al Patrimonio, llevaran a cabo la lectura del informe del teniente que interrogó al Escritor de la planta extranjera. Lo primero que se preguntaron fue si habría que legalizar la mierda. Cuando se legitiman ciertas cosas, acordaron sonriendo, la gente vive en la mierda sin notarlo. Sin embargo, ambos temblaron ante la segunda interrogante que se les presentó: ¿Quién sería ese maldito fantasma en el interior de la máquina?

## ***LA MUERTE VA A LA ÓPERA***

Escúchame, Dante. Perro de lo múltiple que llora en el abismo. Supervisor de un relámpago clavado en la mitad de un cielo que jadea. Tengo la canción perfecta para ti moviendo los follajes, a punto de cruzar un puente:

Dame a mirar cientos de guerras y ciudades en llamas con pieles que han perdido el lenguaje del tacto. En Lima o Barcelona. En Haití o Santiago. En cualquier selva colombiana y mexicana. En una secundaria norteamericana donde un niño con gabardina juega a la guerra, mientras piensa en su cadáver en la prensa, rodeado de pomposas luces.

Maldito poeta maldito, óyeme, perro, revelador de la nada, rastreador de toda pobreza que aturde el corazón humano, dame a mirar enteros cuerpos de niños y mujeres golpeados y violados, sin etiquetas. Reposando en la cerrada morgue de esas conciencias que viven amparadas por sus modales. No hay Beatriz ni pérdida del amor que pueda seguir adelante sobre esos universos carbonizados, que sienten esa herida como de ciencia ficción.

Escúchame, Dante, si quieres ser efectivo, realmente contundente, dame un sueño donde exista un monstruo que no se parezca a nada que haya mirado antes. Un horror que supere los sentidos.

Entonces tira la llave.

Desampárame.

**ÉRASE UNA VEZ UNA CASA SEMBRADA BAJO LAS  
ESTRELLAS**

**I**

Una casa no es una casa si no alberga un monstruo dentro de ella. De cualquier tipo. Un padre abusador; una abuela paralítica que en el lugar del ojo derecho lleva un muslo de pollo; un tío violador que esconde otra violación como jauría enferma; una madrastra que asesina su pasado desplanchando su vestido de boda en un sótano alto.

Una casa no es una casa si no cuida de sus monstruos dentro de ella. Un bebé recién nacido abierto como flor; una hermana bulímica almacenando su vómito en cajas ovales para galletas; un hermano drogadicto y presumido; y el fantasma de un abuelo asesinado en la guerra con el Perú.

Todos ellos deben aprender a convivir entre las cuatro paredes reumáticas que tosen enloquecidas por su roto papel tapiz, mostrando esas desgarraduras que los días forjan.

Sus cuerpos son necesarios para el desastre en curso.

Por eso también deben crecer cerca del moho.

## II

Y una casa no empieza en el suelo. Ésa es otra mentira.  
Una casa empieza de súbito como un poema personal  
que a nadie interesa.

Muriendo y transformándose todos los días.

Las fuerzas que trabajan dentro  
quieren ser expulsadas y salvadas.  
Arrojadas fuera.

Para de allí empezar su propia casa.  
Desplazar su destrucción.

## III

Casa también es un sueño al que le falta una parte herida.

Casa también es esa parte herida a la que le falta un  
sueño.

**ORSON WELLES VERSUS  
LOS VAMPIROS DE HOLLYWOOD  
(CORTOMETRAJE)**

**1**

Un Chevrolet Impala se sumerge a toda velocidad por las calles de Hollywood. Se curva como una serpiente en cada esquina, ondulándose bajo un sol cenital, echando polvo y vapor a los transeúntes. Hay un hombre al volante. Su nombre es Gary Graver. Profesión: camarógrafo. No está perdido; solo ha olvidado que la realidad es un reflejo del lente, y viceversa. Hunde el pie en el acelerador: quema así los segundos. No quiere detenerse. La cinta avanza. Eso, lo sabe. Siempre hay una película rodándose en algún lado de aquel pueblo siniestro, lleno de vampiros y futuras calaveras que dejarán bolsas de silicona debajo de la tierra. De huesos y silicona está sembrado el rubio valle de Hollywood. De implantes y cabelleras sintéticas. Le invade el miedo a que la imaginación se suicide. «La realidad es sólo un reflejo del lente», se repite. La cámara es un pozo que traga civilizaciones. Chicas y chicos muy bellos; gente indiferente. En su mente, todos los actores bajo un semáforo en rojo, ojo vigilante de la transformación, se congelan. Rápidamente dos ebrios, doblados como flores de loto, le muestran el camino de salida de la realidad. ¿Por qué no buscarse un bar donde su película esté a salvo? ¿Por qué no beber junto al gran director de cine por última vez?

## 2

Gary lleva un año y medio dando vueltas en su auto con el director más afamado del mundo en el maletero. Cuando el corazón de Orson Welles se detuvo, nadie preguntó por su cuerpo. A nadie le interesó recuperar lo que había quedado del cineasta. El arte de amar el arte hace finales así: de ficción habitable. El hombre siguió las especificaciones de su exjefe: lo retiró del crematorio dentro de un ánfora metálica. Pero en lugar de entregarlo a la familia, movido por la necesidad de escuchar sus órdenes, decidió llevarlo consigo en su maletero. A la espera de que esas cenizas gritaran alguna cosa sobre su espalda.

## 3

Aunque era imposible que dijera alguna palabra, que le gritara una orden, Gary escuchó un pitido débil, un silbato prácticamente ahogado desde el interior del ánfora. Y, de pronto, una oración contundente rasgó el disfraz del silencio: «El ojo de la cámara –habló así Orson (o al menos eso pensó Gary)– es como el ojo de un pez: llora dentro de un río de imágenes moribundas».

## 4

Cuando Gary pide un whisky, Mr. Hannaford ya está sentado en la barra del bar bebiendo el tercero. Gary cierra los ojos; elige recordar, aunque nunca se le dio muy

bien eso de imaginar. Nunca entendió aquella máxima de que toda ficción puede convertirse en un huevo roto. La yema que se derramaba frente a los ojos de Orson era el magma precioso de la humanidad. «Accidentes divinos», le había dicho en alguna ocasión. El mejor cine está lleno de estos accidentes. Aprendido. ¿Pero qué hay del hilo conductor? «¡Tonterías! Los hilos igual que los símbolos perduran rotos», gritó su exjefe. «En mi cabeza están todos los retazos de la ficción con la que hacer una realidad tan apabullante que compita con ésta. Hay que cortarlo todo y pegarlo arbitrariamente, como sucede en la vida. Sólo somos hombres en un laberinto de espejos que se manchan de semen y sangre con el paso del tiempo». ¿La cueva de Platón? «No, Gary, carajo, el pozo. El sombrero del mago. El cero coma cero. Dios ante el espectador que es un niño pequeño, alguien de siete u ocho años, como es usual. Alguien que no imagina lo que saldrá del sombrero».

## 5

El ánfora con las cenizas del director luce acebrada por la forma en la que el sol de la tarde ingresa por las ventanas del bar. La luz no quiere dejar el mundo sin penetrar en aquellos espacios donde los seres aún continúan moviéndose y reproduciendo. Gary, algo borracho, mueve su mano hacia el ánfora; empieza a sobarla para imaginar que el viejo Orson brotará en forma de genio, envuelto

en bolas de humo violeta con su ridícula capa negra atada a las lonjas del cuello. Pero nada de esto sucede. Tras ordenar el siguiente whisky, alguien le pregunta por su último trabajo. Gary apenas responde, mueve la mandíbula tres veces en modo circular y libera, con algo de pretensión idiota, el nombre del gran cineasta. ¿Sabes que está bebiendo aquí, junto a nosotros?, confirma Gary golpeando el ánfora con los nudillos velludos de su mano derecha. El sonido del ánfora abre extraordinariamente los ojos de su interlocutor, quien pregunta: ¿Y de qué iba la trama de su película incompleta?

## 6

La última película, incompleta, reposa junto a otros recipientes metálicos como el propio director. Para verla sería necesaria una mente que realice una exigente recomposición. O un gran equipo. O sea: más gente buscando la luz dentro de esas latas. Aunque dentro de esa película hay otra película con mucha más gente buscando salir. ¿Y qué hay de la luz? La luz, en realidad, no está aquí: en este frío estudio abandonado donde una india navaja camina desnuda. Esa india desnuda, aguantando la falsedad del sol, deambulando por un desierto de cartón de un estudio de Hollywood, es lo más cercano a la realidad. Su sexo se ofrece como carnada para cualquier sujeto. «Ésa es la verdad, Gary boy». Y cuando el camarógrafo abandona el bar, abucheado por

actores y guionistas fracasados, se abraza a las cenizas de Orson como si fuera a llorar.

## 7

Van hacia el desierto. El camarógrafo (sin cámara) es enfocado súbitamente por una mujer que mira cómo sube al vehículo, tambaleando. El director (sin cuerpo) cae en el maletero junto a una caja llena de cintas y guiones garabateados. La oscuridad empieza a sumergir esa ciudad artificial, llena de zombies y vampiros, hasta que únicamente su letrero blanco sobre las colinas queda a salvo de aquella inundación.

## 8

En la línea de flotación: Orson desaparece detrás de quince maniqués de unos muchachos pelilargos, que están arrodillados sobre un valle áureo de grandes rocas. A lo lejos, un buitre comienza su descenso. Entran dos hombres mayores al cuadro (visten uniformes militares) y hablan directamente al lente de Gary: «Éstas son las cenizas de nuestro General». Gary se detiene. Alguien está gritando al otro lado del lente, dentro de su película. Orson marca la pauta, habla desde el interior de la lata: «No todos podemos ser maestros. Y no todos los maestros pueden ser verdaderos ídolos». El buitre desciende y comienza a picotear los ojos azules de los quince maniqués de los muchachos.

**9**

En la línea de flotación: el toro se ha quedado fijo en un mismo sitio. La plaza está repleta de aficionados, gente de muchas partes de España que ha llegado a mirar la hazaña del torero. Por un segundo, el sol resbala entre los cuernos de aquel animal oscuro. Pinta un arco en su frente. Gary captura un punto rojo en la bestia, que es el mismo punto que alienta al torero a agitar su capa con solemnidad furiosa. Grita el público ensimismado con el vértigo que experimenta gracias al viento aguaitando. El viento; ese volcán invisible que es similar al hombre-dios-director Orson Welles, quien emerge de pronto con una máscara junto al torero. Y observa cómo se licúa la sangre que mana del animal dentro de la cinta.

**10**

En la línea de flotación: Don Quijote avanza por el desierto de México completamente aburrido. Su caballo mueve las patas sin ánimo aparente. El país de este hombre, del jinete, ha desaparecido del mapa. El fascismo, otros villanos, la sangre de los inocentes quema el cielo hasta ponerlo de un color mostaza, innecesario. La sangre de los inocentes no es otra cosa que la resurrección de La Tragedia. La cámara deja de filmar; Orson Welles retrocede. Abandona al Caballero de la triste figura. Toma un avión a París. Se duerme en el proceso. Cuando despierta está en un pequeño estudio de Los Ángeles

recortando la escena de dos mujeres follando dentro de una ducha. Lucha con esos monstruos hermosos: dos cuerpos que se agitan contra una cortina de plástico mal enganchada. Gary es su escudero. Por eso debe ayudarlo a concluir esa película pornográfica que ha estado filmando, bajo un nombre ficticio, para sustentar sus aventuras con Orson. Necesita a su delirante creyente.

## 11

En la línea de flotación: Gary está a punto de caer de una góndola. Orson logra agarrarlo del cinturón y salvarlo de ese ahogamiento innecesario, poniendo en riesgo su gran sombrero, la cámara y su tabaco. Mientras la cámara cae al agua, la realidad comienza a ser capturada desde un revés extraño. Las figuras lucen completamente mojadas y fluctuantes. Una mano que sostiene un candelabro, la de Orson, se mueve sobre las aguas, levita con cierto brillo. Pero la cámara continúa distanciándose. Y Venecia, sobre ese espejo ondulado, irrumpe detrás de ambos como una pesadilla de espías del siglo XVII.

## 12

En la línea de flotación: se oye una voz buceando: *Llamadme Ismael*. Hace unos años –no importa cuánto hace exactamente–, teniendo poco o ningún dinero en el bolsillo, y nada en particular que me interesara en la tierra, pensé que me iría a navegar un poco por

ahí, para ver la parte acuática del mundo. ¿Qué hacías allí?, pregunta la india navaja que lleva así algunos años, desnuda y repasando cada uno de sus paisajes. Hombres barbudos abren la puerta de un baño y cruzan la habitación. Un tablero de ajedrez aparece flotando dentro de una bañera. Orson pestañea: mira a la india que ocupa el mejor ángulo de la pantalla. *Llamadme Ismael* – así repite. La india lo mira, esboza una mueca tristonca, y cierra la puerta del baño. Al cabo de un instante el viento ingresa en la pieza. Revuelve el cabello del director; inicia un gesto brusco en la mitad de su frente. Comienza a llenarse de agua la habitación. Entra por las ventanas del baño. Y la cámara enfoca un cartel marcado en rojo, donde se lee: «Ninguna historia tiene final feliz, a menos de que dejes de contarla antes de que realmente acabe».

### 13

*(Missing scene)*

### 14

En la línea de flotación: hay dolor en las muecas de los actores y actrices. Hay dolor en los abrazos de los cineastas. Hay dolor en la vergüenza de los guionistas. Hay dolor en la indiferencia de los productores. Hay dolor en las imágenes trituradas y devueltas a la realidad que ofrece un carácter ambiguo de sí misma. Gary evade a toda velocidad la realidad, porque sabe que la realidad

que lleva entre sus manos es más importante, perdurable y mejorada. Se aferra con fuerza a la cámara mientras explota una bomba en medio desierto haciendo volar por el aire una hilera de cactus. La casa del mago, a la distancia, tiene un aspecto absolutamente sombrío. Cuando llega a la fiesta de Orson, a su último día en la tierra, todo mundo está allí esperando para ser atendido por esa especie de Don Corleone de las vacas de Hollywood, en que ha terminado convirtiéndose gracias a su leyenda. Gary, tan solícito y cumplido como siempre, deposita en sus manos el ánfora con sus propias cenizas.

## 15

Mas las cenizas aún deben viajar a España. Y ser arrojadas a un pozo en la mitad de un patio. Aquel será el último lugar por donde Orson observará la tiranía de la luz, el compás estúpido del hombre y su irrealidad expresiva, llena de posibilidades. El pozo como una cámara que traga civilizaciones. Ése fue su deseo: lo había contado años antes. Pero Gary aplasta el acelerador: entra en Las Vegas. Lo persigue la imagen de aquel formidable personaje que le dice cosas a medias, que le ordena desde hace dieciocho meses, junto a otras latas con sus cintas incompletas y responsables de algunas versiones fragmentarias de él mismo. Cuando sacude la cabeza, la luna es un reflector averiado. Ha empezado a parpadear entre las nubes.

## ***CEMENTERIO DE POETAS II***

### **VENECIA**

Que las aguas como un cuchillo separen la vida de esa isla donde reposas. Fui hasta allí a buscarte, Ezra. Tenía que ver con mis propios ojos el último de tus exilios. Había un ave clavada en el cielo. Grande como la palabra Destino. Bajaba agarrándose con las uñas de las nubes. Mortífera como el acero dentro de las cabezas de los sopranos italianos. Fui hasta allá a encontrarte. Tenía que ver con mis propios ojos dónde se marchita el genio cascarrabias, el joven gentil y el hombre buen amigo. Había una luz desigual bajando del cielo. Rota como el acto de corregir un poema. Caía clavando sus cuernos en mármoles saciados de música. Huérfana como tu lápida cubierta por el musgo y decenas de papelitos con versos tuyos escritos por los visitantes. Como si al devolvarte ellos tus propios poemas, te devolvieran la vida.

### **LAST TAXI TOGETHER**

Desde el asiento trasero, Robert Lowell mira la ciudad de Nueva York curvándose como una blanca bola de bruja, chispeando por milésimas de segundos, rasgándose en minúsculas partículas de acuarela. No tiene miedo: los whiskies que ha bebido son violines grávidos y agudos en el interior de su cabeza. Esa música es veloz por su torrente sanguíneo. Cierra los ojos y mira a su exmujer

despertando junto a él una mañana cualquiera, de un tiempo desaparecido como un calcetín. El misterio sobre las desapariciones de ese tiempo y ese calcetín son inenarrables. Un hogar a la distancia emerge como un barco en las tinieblas. Las nubes se amontonan en su techo como un gajo de uvas. El rostro de su exmujer se esfuma, mientras su pulso se suelta haciendo el viaje parecido a un rollo de cinta arrojado por el suelo. Entonces, abre los ojos para que la luz hiera con ganas. Mira sin mirar la plataforma de hielo que es el cielo. Y cuando el taxi gira bruscamente, ofreciendo la visión total de una casa, el poeta lleva muerto veinte minutos.

### **EMILY ABANDONA EL JARDÍN**

Aquello que se extiende en el horizonte es la llama, el fuego que rodea la reparación de la vida. Emily en el jardín cuenta las rosas. Dos y veinte son la rosa caníbal; seis y nueve, la rosa de la resurrección; cinco y diecisiete, la rosa de la magia. Emily descomprime un pichón debajo de su pelo negro. Y no sirve para nada la serenidad de la luna haciendo una ronda final por la acera de enfrente, ocultándose como garúa de navajas en el patio de al lado. La eternidad, si existe, jamás podrá enderezar la pena de esa luna. Sus lágrimas son las ramas ásperas y torcidas de todos los árboles siniestros. Al otro lado de su cuerpo, de pronto, se ha extendido una sombra como un búfalo negro adentrándose al lago de su mente. Cierra

la ventana; apaga la llama que es el horizonte, y alcanza rápidamente un papel. Emily se decide a escribir para dejar su jardín amurallado. Y porque sabe que la muerte no tiene consecuencias, solo posibilidades, inclina su cabeza y escribe por última vez. Lo hace llena de asombro imperecedero.

### SAXO TRISTE PARA SEXTON

Tu cabeza de paloma, esta tarde, ve llover aguardiente desde el asiento de tu *Cougar 67*. No hay verso para anclar la sensación de estar partida en dos y tener que hallar el valor desaparecido en algún rincón de tu casa de señora. Igual aún siente tu piel estirada los huesos de tus muñecas y tobillos, la hinchazón de las venas cuando la tristeza fluye con fuerza desde las blandas colinas de tu mente. Ni limpia ni sucia, te pones el abrigo de tu madre y enciendes el auto con el garaje cerrado y una copa de vodka en tu mano derecha. Tan mansa como una roca tallada por las aguas, miras por última vez tu rostro pintarrajeado en el espejo retrovisor mientras el humo hace su tarea de ir borrando a la mujer, para que brote otra mujer detrás del mito. Alguien de quien dirán en la prensa mañana: «Esa loca era así». Y el día siguiente a la luz, y anterior a la oscuridad, alguien más dirá: «Esta poeta ha reconciliado el arte con el delirio». El humo del tubo de escape ahora rodea tu pelo de flor sulfatada. Antes de que tus ojos se cierren para siempre, por la

radio empieza a sonar un Rock'n Roll como ladridos que progresan en jaurías: hay un muchacho incendiándose con la bilis revuelta que sigue dándole rienda suelta a la idea de estar vivo. Tu brazo queda extendido: chupando energía de la médula de un personaje. Porque irte de este modo, cubierta por la piel artificial de tu madre, es la declaración final de que nadie más que tú comprendió ese personaje confeccionado por tantos años. Sin embargo, no te despidas de nadie ni te justificas. Porque aquello que jamás halló su lugar en el mundo no debe disculparse.

### **CACERÍA**

En la habitación de un hospital, con los ojos cerrados, sin poder traducir la depresión y perseguido por camadas de poemas, Juan Ramón Jiménez piensa que, de haber nacido en otro lugar, en cualquier otro de esos lugares donde ha vivido, igualmente seguiría siendo el mismo hombre que tapa sus noches con caballos enteros. Que atraviesa bosques perdidos con parches en los ojos. Que no tiene miedo a nada porque vive en la nada, desde hace tiempo. Siendo cazado por versos que cuando brotan de él se van llevando pedazos de su cuerpo definitivo.

### **PESSOA DESAPARECE**

El mundo fue una aspirina. No, la luna fue una aspirina. Incluso quizás la tapa de un váter. Te equivocas. El mundo fue una aspirina. Por eso lo más importante

fue aliviarte metiéndotelo enteramente por la boca. Cerrar los ojos siendo muchas cabezas para hacer más soportable el dolor de una sola cabeza. ¿Lo recuerdas? Tú y otras tantas cabezas, embriagadas y encerradas en una rara discusión. Hablándose como serpientes en un baile de sombras. Gracias por ese ejemplo, viejo Pessoa. Porque cuando fueron hasta tu bodega en Lisboa a retirar tu cadáver, ya nadie pudo descifrar entre ese pilo de cabezas cuál era la tuya.

### **STORNI STAR**

Supo, después de mucho tiempo, que acaso dos personas se asoman a un mismo misterio mirando el corazón de la luna sobre la línea del mar. Entendió que en el exilio el agua es el mejor lugar donde hacer un clavado de luz, hasta ahogarse tibiamente para que el goce vuelva.

### **UN MUCHACHO REVOLTOSO ANTE LAS PUERTAS DE LA ETERNIDAD**

Has entrado nocturno y sin pierna en la herida de los tambores donde no habita un dios. Muchacho alocado. Arthur de los licores mezclados con el océano, quien esté triste para verte no lo merece. Rufián de la indiferencia con un pedazo de oreja colgada de tu cuello. Bandolero de bocas y sandías y pescados que abren sus entrañas para que salpique la lluvia como en un cuento de rifles. Ahora pides perdón al cielo, tomando de la mano a un capellán,

atraído levemente por la fiebre azotando los árboles de tus bronquios como pájaros negros. Incoherencia absoluta a la hora de cruzar la puerta, sin pierna y chorreando sangre como un pedazo de carne que es llaga y dedos conteniendo tu última sombra. Besas un crucifijo a precio de ganga. Incluso en el final haces un buen negocio.

### **EL PALACIO DE LAS BLANQUÍSIMAS MOFETAS**

El niño llega hasta el río para escribir su nombre en el lodo con una rama pequeña. Ve animales de lomo ausente demorando la huella en su lengua. Despertar es andar hacia lo deforme. Reinaldo Arenas disfraza la viscosidad de las algas y el limo de las piedras. Juega despacio; retempla el gusto. Se cubre del sol maravillado con sus manitos, elaborando así una cabaña de dedos sobre el puro temblor. Haber amado como inocente, sin términos de comparación, posee alivio y protección. El viento se estira como cacatúa y refleja sobre el agua la ostra iluminada de su aldea. El bosque y los dominios donde irá a desaparecer. Que al otro lado de la mano esté su cuerpo enfermo y adulto, echado en Nueva York, no es cierto. Reinaldo revuelve el mar y el cielo, con su canción amarilla, naciendo como un niño guajiro agolpado en sus raíces.

## **BODEGÓN DI GIORGIO**

Yo nunca pude escribir como Marosa di Giorgio. Cada fantasma naranja emplumado de lluvia. Cada órgano enfermo revestido de almendras dentro del pan de pascua. Todo ese infierno de tinta donde hadas pegajosas cabalgaron grillos. Yo nunca pude escribir como la Reina Amelia y, por ejemplo, poner a una vaca en la habitación de mi padre, bajo la luz de la luna, mirándolo y reclamándole en silencio por su condición humilde. Mostrando cómo se iba formando una lágrima en sus ojos chinos de vaca descocada. Su felpa lastimada alrededor de las uñas. Máscaras y pieles de otro tiempo. Recados y resentimientos de otra familia. Cada familia proviene de la noche y va explotando en silencio. Y únicamente se repara con fotografías. Yo nunca podré escribir como Marosa di Giorgio. Ni respirar sus huesos florecidos en la belleza insólita. Ni tatuarme su agujijón de luz, desmelenado. Qué intransferible es el producto de su laberinto que hoy en mí envejece.

## **EL PRÍNCIPE DEL VALLE DEL SINÚ**

Un tufo a cadáver le hincha los pulmones hasta zarandearlo. Corre arrastrando su borrachera, tragándose de un bocado, antes de que se levante la marea del amanecer dispersando para siempre la promesa del éxito. Aunque el éxito, para Raúl Gómez Jattin, quien cruza por las calzadas de Cartagena como un

loco piloto de trenes de opio, no sea otra cosa que vender alguno de sus libros a un editor y dormir esa noche en una pensión en lugar del parque. O ir a gritar a los dueños de los restaurantes, con una boca de hierro, totalmente desdentada por las piedras que escupe del estómago cada vez que escribe un poema, que esta noche sí piensa pagar por lo que ha comido, aunque él sea un poeta, uno muy bueno, el mejor tal vez, y los poetas cuenten con cuenta abierta y fechada para pagar en el cielo. Pero no existe tal cita, ni hay tal editor, ni tiene en sus bolsillos nada más que papeles de una peste incurable y humana con los que se rebela ante la vida. Poemas que acarician la piel de Dios sin lograr destrozarlo. Y armado con su desnuda locura, mirándose en el saqueo de un mendigo que salta sobre un pastel dentro de la basura, se arroja frente a un bus que, a toda velocidad, viene encabritándose por el camino. Convencido de que la putrefacción es un estado en movimiento puro.

### **SYLVIA ANTE EL ESPEJO**

¿Cómo fue dejar las raíces de tu pelo atrapadas en un horno como dentro de la boca de un gran tigre? ¿Cómo fue cambiar de súbito de corazón y dejar en su eje negro una lámpara de aceite que apenas expele? Tu hogar fue un pequeño desierto portátil donde los gritos tomaban turnos para asistir al striptease de tu dolor. Un hueco de oscuros días y noches donde los labios devoraban

despacio la vida en los muros enyesados de cadáveres. ¿Cómo fue hundir la cabeza en un horno encendido, sin cerrar los ojos, acostumbrada a crepitar mucho antes desde la planta de los pies? Sylvia de tatuajes invisibles en las manos guillotinas por el oficio de madre. ¿Cómo fue internarse en la neblina perfecta del quehacer doméstico? Tirana y pegajosa perla perdida. Inamovible como una muchachita de porcelana que halló únicamente en el vacío su equilibrio.

### MÍSTER MOJO RISIN

Jim se tragó un cocodrilo para escribir bajo las estrellas sus últimos poemas chamánicos. Así habló Míster Mojo Risin carcajeándose irresistiblemente por los bares venenosos de París. Había engordado drásticamente durante el último año en que trabajaba el mejor de sus libros de poesía; y cargaba con una barba naviera hasta el pecho mientras masturbaba tinieblas con un dedo sobre su frente como aplastando una araña temerosa. Ya no quería subir al escenario a cantar *Enciende mi fuego, nena*. Ni *Mujer de Los Ángeles*. Ni *Caravana española*. Jim de veintipocos años, melancólico e iracundo, garabateaba versos y cruzaba hacia el baño haciendo largas eses con su cuerpo alcoholizado. Evitando que alguien notara el viaje inacabable de un americano desmañado y desterrado debajo de sus gafas polarizadas. Y allí, dentro del baño, cayó muerto de áurea sobredosis de caimán mascado. Dice

y se ríe una vez más, mientras hace el relato, Míster Mojo Risin. Su desnudez guardó la sutil violencia de los cuerpos vencidos. Y nada lo salvó al final de observar un indio cabalgando sobre una mosca zumbona, burlándose de él.

### EL ÚLTIMO FULGOR

El río Sena retiene en su espejo la representación final de toda la memoria caminada con los ojos de un niño muerto. Es por eso que en los crepúsculos las ilusiones son barcos de papel que dejamos en el agua hasta que se incendian. Paul Celan amarrado por el tiempo, en un campo de concentración nazi, ve a sus padres uniformados con el color de la pólvora. Olfatea el puro hierro mientras escribe sobre ese tiempo transparente igual que el llanto. Allí no hubo dios ni cielo. Nunca hubo un pañuelo de despedida agitándose como el recurso de una vida indefensa que se aleja. Solo un sol subiendo y bajando su lengua por los pilares de piedra y los barracones. Que, paradójicamente, hoy, 20 de abril de 1970, guarda esa misma incapacidad de cerrar de golpe los párpados de un vencejo sorpresivo. Y el cuerpo que cae sobre el río no quiere más la palabra ni la imagen. Entrando así ligero en el espejo del agua como un cañonazo.

## **LA LINTERNA MÁGICA DE MARINA TSVETÁYEVA**

Me pregunto dónde está el hogar cuando la tierra es un objeto frío que no se puede poseer. Y que está allí, inverso e impreciso, como un excedente del mar.

### **ÚLTIMA CARTA DEL CUERVO**

Confieso, confundido y amado Señor, que no hay nada afuera de tu casa que a mí me llame la atención. O, dicho de otro modo, no hay nada que me guste más que estar dentro de tu casa. Todo en ella aparenta estar derramado como sangre furtiva que vive del escándalo y se pinta de rojo. He picoteado granos en la tabla de la cocina y lomos de libros caídos, al igual que he picoteado papeles por el suelo, llenos de tinta. Y, sin embargo, tienes que creerme, cada vez que salgo por la ventana a ordenar la noche para que duermas al fin tu borrachera melancólica, un aroma a rata muerta baja por las colinas como leve escalofrío apeándolo todo. Entonces barro una vez más las cortinas para internarme en tu hogar sobrevolando tus cabellos dilatados como océano lioso sobre esa cabeza prieta de fulano muerto que llevas desde hace meses. Vuelvo a picotear por donde tú has posado tu palma latiendo como un pez de légamo. Soy, junto a ti, un remolino de sombras que lo devora todo. Y vuelvo a ser feliz.

## ***CUARTELES DE INVIERNO***

Invierno del 86. Camiones cargados de policías enmascarados circulan por la ciudad. La mañana la pasamos en la escuela.

Nadie quiere morir: es asunto de calmar el dolor en los dientes.

Por allí hubo un mensaje de un padre que estaba demasiado triste para buscar a sus hijos desaparecidos en un hueco en la tierra.

Por las ventanas de las casas se desbordaban notas de auxilio. ¿Pero cómo llamar a la policía cuando es la policía quien secuestra?

Por allí hubo un mensaje de una maestra violada que estaba demasiado triste para mirar nuevamente a sus padres.

Travestís inclinadas bajo paraguas junto automóviles en fila se confiaron por trabajar y terminaron acuchilladas en vías oscuras.

Por allí hubo un estudiante universitario que compartió la tortura con un homosexual al que amó por unas horas antes de que los mataran a ambos.

Invierno del 86. Camiones cargados de policías enmascarados circulan por la ciudad entre la basura y el recuerdo de la basura.

Buscan guerrilleros y criminales en los ojos de cualquier transeúnte. Entran a las casas a olfatear la sangre horrorizada en canastas de pan.

Por allí hubo una madre con una sola pregunta que aún no puede dormirse:

¿Qué hacer con este dolor en los dientes?

*CARTA DEL MOZART QUE QUIERE QUEDARSE  
AL MOZART QUE VA A MORIRSE*

Conozco una pareja de árboles amarillos e intensos  
que te cortan la respiración como si no estuvieran allí.  
Saben que la realidad es una historia inacabada  
que solo está de su lado. Ganan junto a un hombre que,  
antes de morir, echa un vistazo a la ciudad monstruosa.

Hay quienes pelean por arrancar un bocado de eternidad  
de la pálida y muerta estatua de la Venus de Milo.  
Hay quienes atacan a los amigos que dan un gran  
espectáculo y dejan su marca sobre cualquier maxilar sin  
encoger las pestañas.  
Así pues, considero que todo es una mentira.

Cada día el sol hace un recorrido insincero,  
trae brazadas de delitos e interrogatorios,  
oscilando pendular como materia valiente.  
Amando lo breve que no podrá ser reparado jamás.  
Amando el desasosiego de ser un espíritu libre en caída  
infinita hacia una soledad culposa. Así es el genio.  
¿O así es la oveja negra?

Conozco un niño que nació el día en que dios ya estaba  
muerto.  
Un silbido cegó los ojos de las enfermeras y doctores.

Nació tan anciano y tan joven con una manera de pensar  
que solo atrae problemas. De su frágil meneo de caderas  
sudando frente a un piano,  
con periodos de embriaguez desconcertante, rescato todo.

Así cuando la sombra intente levantar su cuerpo,  
reverberando en el centro de la fiebre,  
hundiendo sus dedos en sus cabellos como en los de una  
yegua, buscando contra su estructura lo que aún tiene vida,  
Viena reverdecerá con un ritmo de maitines  
que lamerán las últimas horas.

Hay quienes respiran su áspero sueño,  
porque sin contacto el corazón se deshidrata.  
Hay quienes bendicen lo empalagoso con la lengua reseca  
en torno a las habitaciones donde amamos.  
Así pues, considero que todo es una mentira.

Conozco un borracho diletante que lloraba por las noches  
para dejar de llorar por las mañanas.  
Sus manos escribían partituras llenas de ratones  
sobrehumanos y mujeres vestidas con telas delicadas  
mientras obesos caballeros desbarataban la estética  
de su siglo.

Hay quienes aún llora por él, cuya ilusión fue vivir  
haciendo parpadear las lámparas de todas las calles.

Hay quienes esparcen su nombre de huracán eléctrico como verdades impotentes que hacen temblar de rabia a los acordeones.

Está bien que solo a él se pueda culpar por el trauma síquico.

Así pues, considero que todo es una mentira.

Cada día uno despierta solo ante el lenguaje en un mundo donde la resistencia es perder el amor de los demás que acuden al movimiento de tus manos con los ojos fríos y violentos.

Tener un corazón tan alocado es una maldición, casi como un sueño que elige el espejismo dejando por detrás la vida y su tejido de lágrimas. Abandonándolo todo.

Conozco un bandolero sin bandera ni pistola que emplea el potro del deseo como un adolescente que escarba melodías dentro de sí mismo. Cuánta desesperanza narra calladamente con su lenguaje nuevo. Cuánta rebeldía cuando acechan por su fracaso sus compañeros de tiempo. La música más alegre y delirante no es obediente al metal que la organiza. Su nudo está en la melancolía que es incapaz de soltar.

Siempre la disciplina de escrutar música en el viento es aprender a liberar los sentimientos

como una vieja bicicleta por la orilla de un risco.

Hay que dejarse morir un poco antes de caer finalmente muerto.

Así pues, considero que todo es una mentira.

Así pues, considero que se transforma en arte el desapego terrenal.

## ***DESCOMPOSICIÓN DE PEDRO PÁRAMO***

Un muerto es Pedro Páramo que es igual a Juan Valle acostado en una banca en la estación de un tren que está por salir. Esperando por vivir un día más sin hallar lo que busca. Armado con una cristiana resaca y los dientes todos manchados de bilis metabólica. Nadie lo puede mirar ni tampoco descartar. Él está y no está con nosotros mientras caminamos con indiferencia entre oleadas rápidas de bultos que adoran el zumbido. Aprendiendo el vínculo que se aparta de la atónita risa cuando emerge la policía del karma y nos da un culatazo en la flaca línea de la vida, dentro de esos vagones.

Juan Valle que es igual a Pedro Páramo, quien además está muerto, tensa el arco del brazo sobre su cabeza que es proporcional al viejo cuello del sol desapareciendo entre los pálidos guantes quirúrgicos de las nubes. Por costumbre se acuesta con los tobillos cruzados y sueña con bucaneros perdidos.

Yo también he soñado con bucaneros borrachos y perdidos achicharrándose bajo ponchos en playas desnudas que a nadie importan. Mucho antes de sentir incluso la pasión, yo también fui un muchacho de trece años emborrachándose con una botella de ron al pie del océano. La playa se estiraba desde mis pies inmovilizados, con su humedad sin fuego de lámpara pasada. Hacia los abovedados caserones y condominios de verano

donde los turistas bostezaban, tumbados como lagartos, tanteando por un suicidio entre las aguas.

Fumando mi primer cigarrillo y expulsando el humo y sus remos cristalinos cerca de mi frente. Anulándome sin vergüenza desde la sombra para no cargar más con un cuerpo sobrevalorado que calcaba en la lluvia murciélagos bajo coronitas azules de espuma, teñidos de luceros. Para acabar así finalmente en la fiesta marina prometida a los caídos en la tierra.

Sediento y aburrido de esta vida que castiga al buen bebedor.



### III

LO QUE BOLAÑO LE CONFESÓ A  
JIM MORRISON EN EL INFIERNO



Para ponernos de acuerdo:

*Así recuerdo el tiempo: bares & bares.*

Bares & bares con moñitos de princesas arruinadas por la sentimentalidad de un asesino, entre hombres destetados que lloraron leyendo a Nietzsche sobre las mesas llenas de balas imaginarias.

*Cuando en la calle la guerra era el olor natural. Y la vida era un preso político.*

Por lo que hicieron del alcohol el verbo infinito.

*Por lo que hicimos del alcohol el verbo infinito.*

Sin ir más lejos, ellos no pudieron descubrirnos el amor y convocar a todos a un hotel de cuatro estrellas donde la camaradería fuera algo más que una carnada en el pecho.

*Ellos estaban muy ocupados ocupando gobiernos.*

Si te alejabas un poco del grupo, te mataban. Si te acercabas demasiado al grupo, te mataban. Todos te pedían explicaciones. Aunque nadie te las daba para matarte.

*No digo que un domingo por la mañana no me haya levantado contándome los dedos de las manos para saber*

*si vivía. Mientras el sol –como un árbol en llamas– se estiraba cumpliendo con algún tipo de consigna tribal.*

De acuerdo: no digo que yo también no haya sentido la muerte poniéndome una capa en los escenarios de la literatura.

Cada libro, cada aplauso era una cámara lenta cubriéndome de un reflejo que me desaparecía.

Era el Aleph o su maleza en cada poro. Por suerte, cuando trabajé como guardia de seguridad aprendí a poner los ojos en las copas abiertas de los árboles.

*Marcar el sitio. Vestigios de una cultura doméstica. Estar a salvo en el útero-madre. Esa bolsa de agua fantasmal.*

Así admiraba lo que enviudaba del hogar. Por ejemplo: los abrazos. La repetición del silencio. El marco de una puerta sacudiéndose la arena de los visitantes. Todo, menos la muerte y el abandono.

Sabes: a veces pienso que hay muertos que no se levantan por el miedo de volver a morirse.

*«Me mataré si me abandonas» –estoy seguro de haberle dicho aquello a alguien en algún momento. «Si me*

*abandonas, me mataré. Te lo juro». Cuando un hombre ama con las vísceras está decidido a chamuscarse en el infierno.*

Pero ¿fue a una mujer? ¿A una criatura? ¿Fue esa criatura mía? ¿O me lo dije a mí mismo temblando alcoholizado durante alguna madrugada frente al espejo? Con el cabello revuelto, gateando por la alfombra, buscando otro trago.

*¿Otro trago?*

¿Y por qué no? En definitiva, ya nada puede dañarnos. Y por la boca de los sobrios sólo corre el sabor tóxico a la colonia de los amores perdidos.

*Y, así las cosas: nadie puede escribir sobre el mundo si no hasta haberlo perdido.*

Suspirando por un rostro, obsesionado por unos senos en un estanque mental.

*Además, hemos nacido para completar la realidad con nuestros propios delirios. De lo contrario, qué pérdida de tiempo arder mirando.*

Pero mirar el amor fue arder. Aún lo recuerdo: una espalda, un cuello, unos codos, unos muslos, un perfil quemando hectáreas de aire.

*Porque el cuerpo es pura ceniza como la piel de un caimán. Se deshace al contacto con los dientes. Y masticar la piel produce grandes visiones.*

Una visión como esta: en la habitación de un hotel hay un muchacho jugando a ser poeta. Él abre mis libros para sentir caer mi mano sobre su espalda. Y en el cuarto de al lado, hay una chica jugando a ser narradora. Ella rompe mis libros para dejar de plagiarme.

*Pero no existe el plagio. La literatura es una enfermedad colectiva. Y en ese espejo todos los hombres se muerden la cola.*

Ay, del perro que jugó y no se mordió la cola. Ay, de aquel que cuando estuvo vivo no sometió la literatura y su amor a los límites caníbales del mundo.

*O una visión como esta: en un concierto de rock hay un muchacho dejándose el cabello largo, vistiendo pantalones de cuero, abriendo mucho la boca cuando canta. Poniéndose violento. Liberando el humo de su marihuana como las trenzas de un viejo jamaiquino. Repite mis letras*

*sin comprender que hubo algunas partes de mi cuerpo que no se llevaron conmigo.*

*Sin entender la fórmula del crimen.*

¿Sin entender la fórmula del crimen?

*Haber nacido atrapados.*

Yo me sentí atrapado en México o *México el DeFectuoso* (como le decían al DF). Sabía que muchos poetas y artistas habían vagabundeado por allí. Desde Malcolm Lowry, pasando por Allen Ginsberg y William Burroughs, hasta el Che Guevara cuando escribía poemas y tomaba fotos a niños en el parque La Alameda. Amaba la poesía que aún no existía en mí. Y el amor de los inocentes hasta hoy me conmueve. Así como la sonrisa de los idiotas que empiezan a vivir y se enamoran de unas raras medias de algodón con aritos rosados.

*Esos que están buscándose la identidad en los poemas ajenos.*

*Esos que están buscándose la identidad en las canciones ajenas.*

*Esos que están buscándose la identidad en las novelas ajenas.*

*Esos que están buscándose la identidad en los romances ajenos.*

*Esos que están buscándose la identidad en las ciudades ajenas.*

De algún modo todos hallamos la identidad que deseamos. Y lo único que hicimos después fue destruirla. Fuimos unos imbéciles.

*¿Fuimos?*

*No extraño la identidad. No extraño objetos estúpidos ni a las chicas californianas estrangulando con sus piernas robustas una pelota de vóley. Pero sí extraño el amor y el sexo bajo la luz de una lámpara como dos mariposas asustadizas, a punto de ser pisoteadas.*

Las máquinas asustadizas tienen crías asustadizas [tristísimas crías como peces sin escamas]. No veo las mariposas [ni siquiera en las manchas de aquel sudor]. Y las máquinas que de esas máquinas nacen no son sagradas.

Pero el amor sí fue como un tatuaje en el pecho de una ola. Y como una ola barbada de cerveza.

Radiaba justo antes de extinguirse.

*Los cuerpos entregándose a la develación de esa muerte, terminando con la culpa, ahogados por la flor del ancestro.*

*¿Alguien recuerda eso? El miedo haciéndose carne,*

*metiendo largas paletas en nuestros terruños.*

*El sexo como garras.*

Noches soleadas, japonesas.

*Intercambiando pucheros.*

Besos mojados sobre otros cuerpos como langostas  
naranjas.

*Recuerdos insolados de gente abierta.*

*Insolencia, piedras, devastaciones, moteles. Ruinas  
donde novias plantadas oyen el beat lejano frente a la  
oración de un Jesucristo fornido.*

Yo vi el amor por tres veces. Una con forma de mujer, y  
en dos ocasiones más en la forma de mis hijos. Y no meto  
a mis padres en esto, porque aquella sensación infantil es  
condicionada.

Sin embargo, aún sin escribir, quiero decir, ahora  
mismo, sé que el amor fue la única forma posible de poema.

Me refiero, por supuesto, a lo que genera su pérdida:

*A un laberinto donde adelgazan los amigos.*

*A los jardines insanos donde calaveras catalépticas  
siguen pidiendo volver.*

*A ese fin que no tuvo otra finalidad que ser una porción de yogur quemando grasa.*

Y así fuera éste nuestro fin, estoy seguro de que una teoría vulgar de cualquier Universo no puede funcionar sin aquel dolor.

*¿Pero es éste el fin? ¿El fin de lo que crece sin dejar de golpearnos?*

*Y si éste es el fin: ¿Cuál es el amor que los sonámbulos buscan?*

*Y si éste es el fin, hermoso amigo, el fin de todo lo que crece, he perdido mi tiempo llorando demasiado.*

Así lo espero. Aunque sea un final con un cuarto lleno de humo y el baño siempre ocupado.

*Y aunque Nietzsche siga pidiendo por un retorno idiota.*

Este es el fin, entonces. El fin de todo lo que crece. El fin de lo que amé bajo las costillas contraídas por la tristeza. El fin de la Resurrección y de los Manifiestos. El fin del hombre como un detective de muertos.

*Aún no apagues la luz.*

*¿Sabes de alguien que haya sido feliz por mucho tiempo?  
No lo creo.*

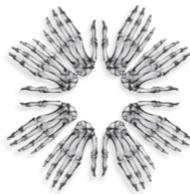


*Y si éste es el fin, hermoso amigo, apoya tu rubicunda  
nariz de boxeador sobre mi hombro quebrado.*

*Y vamos a seguir bebiendo hasta que alguien diga que el  
infierno ha cambiado de dueño.*

**cualquier infierno es un bar  
donde se ahogan los caballos**





Esta publicación se imprimió en julio de 2023,  
en el LabPrint de la Universidad del Azuay.  
Su edición consta de 100 ejemplares, para su  
diagramación se utilizó las tipografías de las  
familias Source Serif Pro & Roboto Slab.





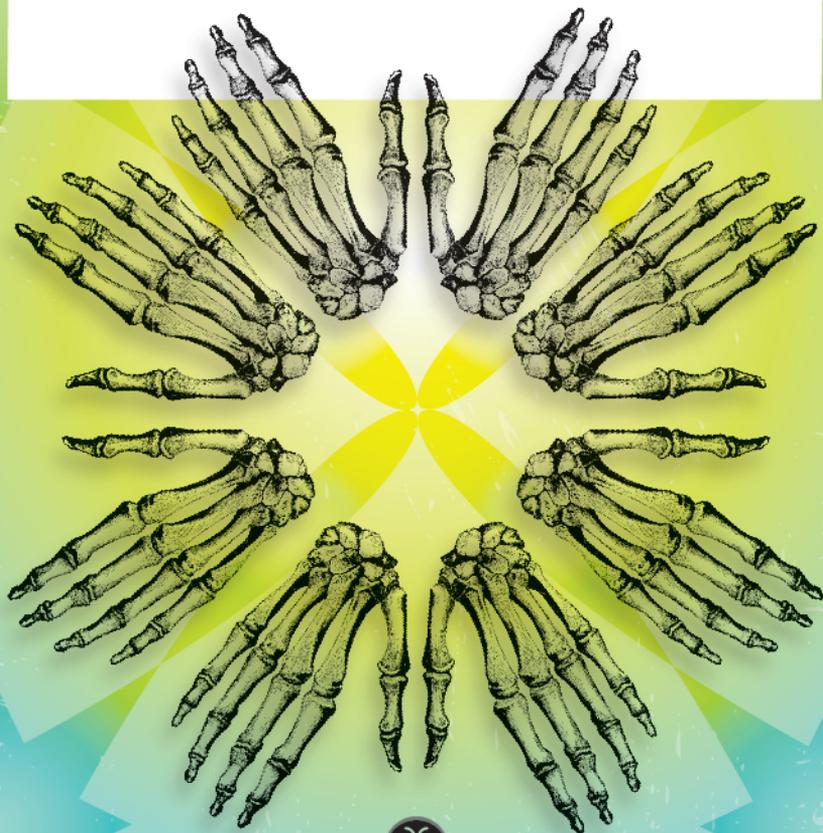


Carrión dice cosas sobre la realidad concreta porque la sabe indefinible y, en consecuencia, infinitamente elástica. Así que tira de ella, tira una piedra, tira una bala que va cosiendo historias, tira y abre una puerta y otra.

La borradura gráfica de la autobiografía, del sujeto como una incrustación en el constructo “mundo”, articula su ficción en un libro de verdad, con íconos de la cultura y guerras, con represión social y asalto. Por eso aquí lo críptico es lo macro, cinemascopio lexical, inmensidad concisa en su testigo: Ernesto, que es el centro nervioso del poema, guadaña en mano decapita esas momias momentáneas de la utopía redentora, y procede a la desconstrucción del Gran Relato hablando desde adentro.

Ese gesto de irrigar en territorio seco, esa colocación de cuñas entre las rajadas de la grandilocuencia estético-histórica, convierten a Carrión en un poeta capital, porque nuclea en su voz la crítica del ahora por la puesta en crisis del lenguaje, que no es más que la del ser humano subvertido y en perpetuo pugilato con su entorno.

**León Félix Batista**



**UNIVERSIDAD  
DEL AZUAY**

Casa  
Editora

ISBN: 978-9942-618-94-8



9 789942 618948